

860-3

URB

1907

**NO SE PRESTA**

**Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura**



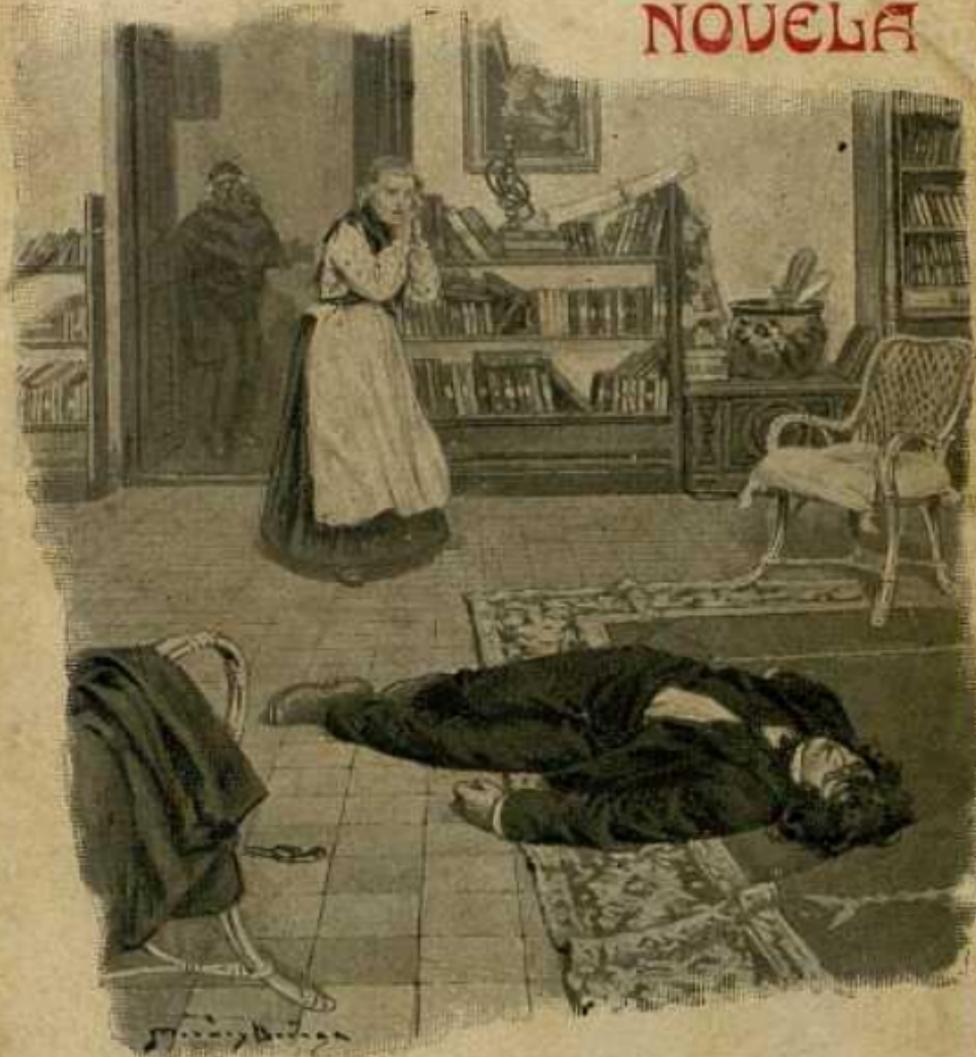




Ramón A. Urbano

# Moisés

NOVELA



DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

860-3 (MA)

URB

mol

1952

RAMÓN A. URBANO

---

# Moisés

---

NOVELA  
DE COSTUMBRES MODERNAS



R. 17.114

MADRID

---

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ  
CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2

—  
ES PROPIEDAD DEL AUTOR  
—

.....  
Imp. "La Ibérica", Angel, 6, Málaga

*Al Excmo. Señor*

**D. Raimundo Fernández Villaverde,**

*eminente hombre público,*

*honor y gloria de España.*

TRIBUTO DE ADMIRACIÓN Y DE  
AGRADECIMIENTO.

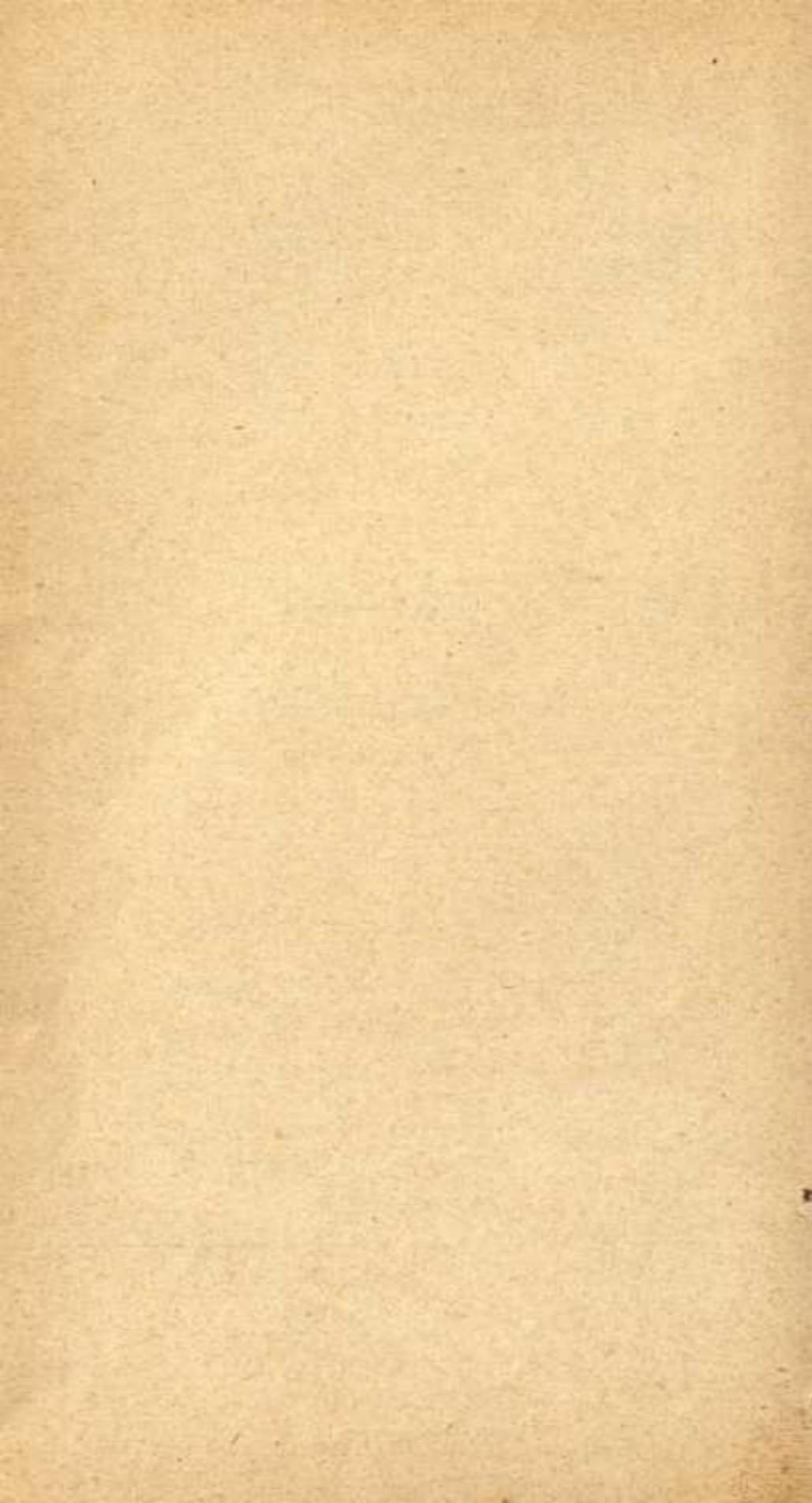
EL AUTOR



LIBRO PRIMERO

---

*LA ÉGLOGA*





# MOISÉS

## I

**S**EÑOR juez del distrito: á nadie, absolutamente á nadie debe imputarse mi muerte. Yo me arranco la vida, como quien aparta de sí algo que le es profundamente antipático y molesto. Y no se diga que el hastío determina mi prematuro fin; pues caigo, cuando me siento pletórico de ilusiones, lleno de ambiciones legítimas, atraído por un amplísimo horizonte, que no puedo escalar más bien por carencia de actividad y de resolución que por falta de orientación y de elementos que determinen la materialidad del im-

pulso. Ni son — ¡ay! — las contrariedades de una pasión tiernamente amorosa, ni menos un ridículo afán de notoriedad folletinesca, los que ponen el arma terrible en mis manos y la fúnebre resolución en mi pensamiento: á ello me inducen, la certeza de que he de morir inédito, si continúo revolviendo mis escamas en la breve pecera de mi patria chica, y la temida esterilidad de la generosa labor intelectual en que tengo comprometido inútilmente mi sér. Me mato (pues ya es hora de usar la tremenda frase, huyendo de los eufemismos que expresar pudieran análoga idea) en un momento de nostalgia, en un instante en que considero atajada mi marcha triunfante; en una hora en que el convoy de mis ilusiones más preciadas descarrila sobre el invencible obstáculo de una voluntad de bronce, batida en la yunque de un propósito que, acaso, perjudique á mi porvenir cuando sojuzga arbitrariamente mi derecho á respirar el oxígeno de otro ambiente, más apropiado á las necesidades de mi aspiración artística. Tengo veinte años y soy, por lo tanto, un hijo menor, no emancipado, que está bajo la patria potestad, según el

tecnicismo antipático de los juristas; pero es indudable que mi libre y completo discernimiento, no regulado por la edad, si bien presumido por las leyes civiles á plazo fijo, me concede indudablemente la facultad de manifestarme, y, sobre todo, de protestar de esta energía que me cierra las puertas del camino de la gloria. Comprendo que las palabras con que trato de explicar mi resolución fatalísima, son enigmáticas hasta dejárselo de sobra; pero no de otra suerte debo expresarme ante la autoridad judicial á quien, por otra parte, le ha de ser sumamente incómodo todo este fárrago. Ya sé yo que no puede existir un epistolario que proponga un modelo de *cartas de suicidas*; y que si llegara á publicarse, no contendría ninguna del tenor de esta que voy á subscribir; puesto que la costumbre insana ha modelado el patrón de tales epístolas, las cuales *deben ser* muy lacónicas, pero no menos expresivas. Yo, sin embargo, deseo buscar la mejor postura para morir, como los gladiadores; y quiero ser artista hasta el último momento de mi vida, al objeto de justificar, no solo mis probadas aficiones, sí que también la altura inte-

lectual que han de atribuirme en necrologías y cantos elegíacos mis amigos y compañeros, los mismos que hoy me satirizan y molestan; los mismos que encuentran ripios en mis poesías y anemia en mi prosa. Concluyo estas letras, pidiendo mil perdones á usía, y rogándole que tenga la bondad de entregar á mis queridas madre y hermana, las otras dos epístolas que han de hallarse junto á mi cadaver; con lo que se despide de vuestra señoría para siempre,

MOISÉS PÉREZ DE LA GRANDA.»

«Querida madre: ante todo solicito rendidamente de la bondad de usted, que me perdone el amarguísimo dolor que voy á causarle con mi muerte: acaso la fatalidad, antes que mi deseo, me impone este sacrificio. Ha de resultar en cierto modo inexplicable, para los que conocen las, al parecer, halagüeñas circunstancias que me rodean, el prematuro fin que yo mismo me preparo: disfruto de una vida cómoda y aparentemente serena; cuento con un hogar donde todo es auge y abundancia; me agasaja el cariño de una hermana, que es angel de bondad, y me ampa-

---

ran el recuerdo y la sombra de mi padre, que lo satura todo en esta casa. Además —y de intento he dejado para el final esta declaración— me dirige y alienta la voz autorizada de usted; pero, sin sospecharlo usted misma, con los extremos de sus precauciones maternas y con la severidad del régimen que ha venido empleando conmigo, desde que me extrañó del hogar para constituirme en una pensión, hasta el presente momento histórico, ha logrado enfermarme con esta nostalgia que me inclina á disponer de mi vida. ¿Es esta una amarga acusación contra usted, madre mía?... Ni permita Dios que lo sea, ni abrigue usted jamás la sospecha de que yo escojo este momento póstumo para hierirla á mansalva con quejas inícuas. Usted es buena, con aquella bondad típica de la madre cristiana; usted ha tendido siempre á conservarme para sí, y por ello me ha criado y cultivado como se crían las plantas de invernadero: cerrándome el más insignificante resquicio por donde el aire y la libertad se vislumbraran, y atendiendo solo á que no me extraviase por sendas desconocidas. Con este objeto, cuidó usted de que me educase en clase de alumno

interno en centros verdaderamente importantes; luego, *muy tarde*, me trajo consigo para no permitirme otras tertulias que las de usted y de mi hermana, á quien apenas conocía, y, más adelante, hará un año, permitió por fin que frecuentara algunas pocas amistades y que leyese en familiares sesiones las obras de mi pobre inspiración. Este breve indulto que me puso en comunicación con poetas y artistas, ha alentado más y más mis ánsias de lucha y de victoria; y cuando veo delante de mí un extenso camino que recorrer, una montaña elevadísima que escalar, y cuando mis fuerzas intelectuales se desbordan y los latidos de mi corazón se descompan al sentimiento de lo bello, usted me evita, me prohíbe la lucha, hace jirones mi bandera, y, en una palabra, me condena á reclusión perpétua entre las dulces cadenas de su amor y dentro de los muros del hogar. Usted desea que yo cante, pero dentro de esta jáula dorada; y no advierte que la imaginación es como el águila, que necesita altura en que enseñorearse y dilatadas lejanías en que extender la mirada prodigiosa. El mal éxito del lamentable altercado que he

sostenido hoy con usted, afanoso de vencer sus escrúpulos y de lograr su ansiado permiso para remontarme á la corte, donde se centralizan la popularidad y el galardón del poeta, me ha inspirado la terrible idea de cortar el hilo de mi vida, en la seguridad de que su prolongación habría de ser un tenaz martirio para usted y una estéril lucha para mí. Quizás peque de romántico expresándome de esta suerte y adoptando la extrema resolución que adopto; yo no lo sé, pero lo sospecho: por que si son románticos los seres que ambicionan laureles á cambio de las sentidas notas de sus poesías, yo debo de serlo.

Hoy me he convencido de que usted no doblega su inflexible voluntad ante la idea de que yo parta al centro. Madrid, que les es á usted conocido, le hace temer no sé qué peligros para mí, que yo creo pueriles: en cambio, al solo conjuro del nombre de la populosa corte, se despiertan mis apetitos de lucha y hasta parece que mi estro adquiere la susceptibilidad de engrandecerse, del mismo modo que tiende á empequeñecerse y anularse dentro de la limitada esfera provinciana. Ha di-

cho usted hoy, «que antes consentirá morir que dejarme marchar en busca de literarias aventuras;» y como no se me oculta su extraordinaria firmeza, he perdido toda esperanza. Tres años me faltan para adquirir el derecho de manejarme por mí mismo; pero como jamás habría de usar de estas facultades legales en contra del antojo de usted, me considero predestinado á representar por siempre el papel de hombre burgués que discurre por las calles de la localidad sin dirección ni rumbo fijos; como *clubman* recalcitrante que distrae sus ocios en el juego de azar ó en la charla imprudente y vana; y, dado que yo me creo nacido para mayores espirituales empresas, decídome á perder la vida física, puesto que habría de vejetar aquí sin ilusiones, lo cual implicaría una relativa muerte para su desgraciado hijo que le pide perdón,

MOISÉS.»

«Adorable hermana: adiós, y reza por mí. Sé muy buena, cada vez mejor, para nuestra madre, y no olvides nunca á tu hermano que te idolatra, y que te desea completa felicidad.»

Las antecedentes cartas redactólas

de un tirón, trazando sus renglones con mano convulsa, y deteniéndose raras veces. Fluían las palabras como torrente, y el papel, á la manera de cauce, arrastraba las ideas y parecía ennegrecerse, más que con la tinta, con aquellos pensamientos tétricos y con aquel sedimento melancólico.

Lo que, en un momento de vena humorística, llamó nuestro Moisés *el correo de la muerte*, estaba ya dispuesto y terminado. Solo faltaba extender los tres sobres; escribir la dirección de cada uno, y, luego, posar el anillo frío del cañon de acero sobre la sudorosa frente.

Moisés, al cabo de una meditación breve, se levantó del asiento y paseó por la habitación, de un extremo á otro, llevando las manos enlazadas por detrás del cuerpo y la frente y la mirada inclinadas hacia lo bajo. Estaba pálido el joven poeta; su cabello, cortado á lo Daudet, aparecía desordenado, y su mirada destacábase sombría: hubiese interesado la figura de aquel sencillo cuadro al observador amante de la composición sóbria aunada á la expresión elocuente. Retratar un terrible momento psicológico, un estado de

alma, con la bravía entereza de la verdad, es el objeto del arte moderno que busca, más que plasticidad, espíritu. El fondo, correspondía á la interesante figura de Moisés: la habitación se extendía en forma cuadrilonga y estaba alumbrada por un ventanal que correspondía al campo. La luz que penetraba por el ancho hueco, era ténue, rosácea: la mesa de escritorio, cubierta por desordenados libros y papeles, se esfumaba en el fondo de la estancia, al cual llegaban más indecisas las claridades del sol muriente. El lecho de Moisés (pues aquella pieza era dormitorio y estudio) mostraba sus blancas cortinas en otro extremo, semejando la tienda de campaña, en aquel campo de las batallas intelectuales y ante aquel paladín próximo á caer vencido. Varios asientos de mimbres, propios del menaje de alquería, un reloj de pared que negaba con su péndulo la posibilidad de que el tiempo interrumpa su curso, y un largo estante lleno de libros y librotos, completaban el mueblaje de la estancia, estrecha jaula de aquel águila polluela que, á juzgar por sus últimas cartas, «no moría porque no moría,» como la mística doctora; sino

que «moría porque no vivía.» Inconscientemente se dirigió Moisés á la amplia ventana, desde la cual se admiraba el sublime espectáculo del crepúsculo rojo. Todo parecía fingir un vasto asolador incendio, como si hubiese llegado ya la hora de las terribles venganzas de los ácratas. Las cumbres, que como desigual festón circuían el panorama; el Mediterráneo, cuya recta línea horizontal asomábase por entre los flancos de dos montes; los nubarrones que, extendidos en el firmamento arrebolado, parecían copiar desdibujadas figuras de leones decorativos y de monstruos informes, ardían sobre la tea que iba el sol encendiendo entre las carmíneas lumbres de su ocaso; y aquella escena muda, no por conocida menos atrayente, despertó un instante la atención de Moisés, que sentía hondamente las emociones de todo lo bello y el fuego sagrado de todo lo grande. Allí permaneció un breve rato, laborando en tanto su cerebro en la obsesión que le cautivaba, y que era, más que el anhelo de horizontes amplios, la obstinación funesta de *cierto brutal incentivo*. Poco á poco las llamaradas de poniente íbanse apagando en la inmen-

alidad del mar, y la hora gris, sucesora del crepúsculo y precursora de la noche, empezaba á tender sus tocas sobre la zona meridional.

La brisa fresca, compensadora del viento cálido del día, besaba las enervadas plantas, como invitándolas á erguirse y á recobrar sus rasgos lozanos: y aquel aliento perfumado y sutil de la naturaleza oreando la frente de Moisés, parecía tambien despertarle de su sueño melancólico y arrebatár á su magin enfermo las fatídicas resoluciones que le conmovían.

Comenzaba la hora de tregua concedida á las luchas cotidianas, y el campo adquiría su calma típica, su primitiva soledad, su silencio de muerte. En los lejanos caseríos brillaba la medrosa luz que semejaba faro de la perezosa recua; y bajo las ramas entonaba el grillo su estridente nota repetida en acompasado monotonó ritmo. Resonaba en la próxima vereda, el cantar del arriero, que, sentado á la mujeriega sobre el muleto fatigado, volvía, como capitán de un ejército de cuadrúpedos, al cortijo donde le esperaba el refrigerante *zoque*; y rumiaban en el tinado los bueyes tardíos su colmado pienso,

mientras se enriquecía la era con la nueva parva que al día siguiente había de trillar, ante la candente mirada del sol, la romana cuadriga impetuosa.

Moisés, apartado un tanto de sus pensamientos sombríos, atenuada por un momento su concupiscencia, iba dándose cuenta detallada del espectáculo á que asistía: aquella metamorfosis de la alegría y de la luz diurnas; levantaba su espíritu, invitaba á su lira al canto; pero, por contra, la nostalgia de otra esfera mayor, de un mundo más grande, parecía como si le hurtara aptitudes en aquellos momentos. Como era poeta, al fin, aquel morir de la tarde y aquella entronización de la noche, no podían ser indiferentes á su imaginación, la cual forjaba peregrinas figuras, tropos sumamente poéticos que, traducidos al lenguaje rimado, al habla de los dioses, tal vez hubieran fijado su personalidad y provocado su fama para siempre. Pero la enervación producida á su cerebro por la idea fatal que en él se arraigaba, desequilibrándole; la presunción, por otra parte, de la esterilidad de su trabajo, convertían en nevado polo lo que podría ser trópico ardiente. Entonces se agigantaban sus

ideas tristes, su sueño enervante: era preferible dejar de ser á vivir no siendo: el suicidio, bálsamo de las heridas del desesperado, por ende escéptico, representábasele en aquel naufragio de sus ambiciones, como el leño salvador.

Cuando más peligrosamente se intrincaba en su obsesión, oyéronse dos suaves golpes producidos sobre el exterior de la puerta. Acompañó á estos golpecitos una voz melíflua y suave, de angel ó de niña, que guiaran, tal vez, celestes inspiraciones.

—¿Moisés?..... ¿Moisito?

De buena gana hubiese dejado sin respuesta Moisés la llamada cariñosa; ó hubiera respondido que no estaba para nada ni para nadie en aquel momento. Pero los golpecitos hubieron de repetirse, más imperiosamente, y la voz resonó con alguna más fuerza.

—Pero hombre, despierta. ¡Vaya una siestecita!..... ¡Arriba, gandul!....

A Moisés se le ocurrió contestar: «déjame y vete; ahora no puedo ir; huye de mi lado; voy á matarme;» pero tras un instante de pausa, dijo por fin, haciendo esfuerzos para velar sus emociones.

—No alborotes más, hijita, ya voy; ¡cómo ha de ser! ya voy.

Entonces se dirigió Moisés á la mesa de escritorio, que se hallaba envuelta en sombras; tomó, á tientas, una caja de cerillas que dejara sobre el tablero; encendió una bujía, y, luego, recogió *el correo de la muerte* y guardó sus pliegos en el cajon central, que cerró cuidadosamente. Enseguida abrió la puerta de la habitación, en la cual se precipitó una joven alta, pálida, morena, de cabellera negra llena de ondas y de brillo: su cara era de mujer, pero su desenvoltura, de niña; su boca era de angel; sus ojos de sultana; la nariz de Carmen—que así se llamaba aquella gentil criatura—era de líneas correctas, pero sus pabelloncitos, ligeramente remangados hacia arriba; como si la naturaleza hubiese querido dejar mayor espacio para el aliento que brotara de aquel pecho exuberante, que denotaba el apogeo de la vida, la plenitud del desarrollo. Estaba peinada Carmencita con el cabello dividido por una raya: dos curvilíneas ondas, naturalmente rizadas, partíanle del centro de la frente y besaban sus sienes de color trigueño. Sobre la nuca aparecía anu-

dado el perfumado coco, prendido con un lazo de color de amapola. Vestía Carmen con la sencillez elegante que era su característica; lucía un cuerpo ligerísimo de batista, de alto escote, que permitía ver solo la redondez del cuello; cubría su falda y velaba sus mórbidas caderas un precioso delantal rojo, festoneado en blanco y adornado con dos bolsillos plegados y rematados en lazos del mismo color de la tela; y, por último, calzaba unos zapatos de piel de Rusia con hebillas de níquel, que realzaban la belleza de sus diminutos piés. Con aquella vestidura semicampestre, parecía más interesante la belleza de Carmen, cariñosa hermana de Moisés, alegría de la casa, regocijo de los labriegos y elemento pacificador entre el poeta y su severa madre.

—Pero, chiquillo;—exclamó Carmen haciendo un mohín gracioso, y sonriendo por modo sugestivo:—¿qué haces aquí encerrado y en mangas de camisa?..... ¡Apuesto á que estás haciéndole ya una poesía al campo!..... ¿Que nó?..... Bah, no lo niegues, Moisito. La estás pensando, ó quizás la estás escribiendo. ¿La tienes ya terminada?... ¿Nó? ¡Pero qué tonta soy!—añadió cambiando de

entonación y dándose una ligera palmada en la frente.—¡Cómo has de confesar, así, de pronto, que te has decidido á cantar al campo, cuando hasta ahora has dicho que lo detestas!...

Moisés sonrió tristemente y dijo, aparentando una completa displicencia:

—En efecto, hermana mía; no siento la égloga.

—Pues la sentirás. ¡Vaya si la sentirás!... ¡Y producirás cada estrofa!... Ya me parece que las estoy leyendo: «al álamo verde;» «á la fuente;» «al amor pastoril;» «á la cosecha de trigo....»

Coronó Carmen estas festivas palabras con una carcajada alegre y sonora, y luego añadió:

—Vamos, anda; vente un ratito á la antepuerta. Allí nos sentaremos tan ricamente, con mamá, y gozaremos del fresquito de la noche, si es que Dios lo dá; porque ¡lo que es hoy! ¡Vaya un día fastidioso!...

—¿Habeis rezado ya el rosario?—preguntó Moisés frunciendo el entrecejo.

—¡Sí, hereje, sí, lo hemos rezado ya! ¡Parece mentira que le huyas á una operación tan santa! ¡Así está mamá contigo! La tienes buena á la pobre. ¡Bandido!

—Eso es; tú también; repróchame tú también, pues no hay bastante con ella. ¿Me meto yo en la manera de pensar de nadie?... Dejádme á mí: cada loco con su tema.

—¡Ay; ay, hijo mío y qué perdido estás. ¿Por qué te empeñas en hacer todo lo que mamá no quiere que hagas? El día menos pensado estoy esperando una..., que ni la de San Quintín. Por Dios, Moisés; por la Virgen: ¿no conoces á mamá? ¿A qué te obstinas? Aunque, bien mirado, ella tiene razón cuando quiere castigar tu impiedad.

—¡Mi impiedad!—exclamó sonriendo Moisés. Y añadió enfáticamente:— ¡Si vamos los intelectuales á pensar como nuestros abuelos!...

—Bah, hermanito, deja esas cosas que á mí no me importan: yo *creo*; y me vá muy bien.

—Porque Dios querrá que tú creas. Que haga Dios que yo pierda este escepticismo que os alarma: que me quite los pensamientos que me atormentan. *Él* lo puede todo ¿verdad? ¿Pues por qué no restablece el equilibrio de mis ideas y de mis pasiones?...

—¡Jesús, hermano de mi corazón; Jesús..., y Jesús!—dijo Carmen, y se

cubrió los ojos con la diestra mórbida que adornaban elegantes cintillos. A poco recobró la calma y añadió Carmencita:—todos los réprobos echan la culpa de sus imperfecciones á Dios, que no la tiene; y no la tiene, porque nos hizo perfectos. Lo demás, lo que nos endiabla, viene de nosotros mismos, querido Moisés.

—¡Bah, bah!.... Se conoce que te enseñaron monjas.

—En cambio á tí no se conoce que te educaron ministros de Dios.

—Cuando la razón despierta...

—¡Pobre Moisés!..... —exclamó Carmen. Desde que piensas así, ni tienes alegría, ni sonrisas, ni calma. ¡Hasta te has puesto feo!..... —añadió Carmen adoptando un tono gracioso y zalamero.

—Está bien, diablillo; vamos, vamos de aquí;—dijo Moisés apartando los ojos de su hermana en quien los tenía fijos.

—Eso; vamos á desagruar á mamá, á que te sientes á su lado y á que le despliegues la frente con alguna conversación..., siempre que ésta no recaiga ni en tu anhelo de volar á Madrid, ni en tu deseo de rebajar lo que nos-

otras adoramos con toda nuestra alma.

—Está bien: mamá y tú quereis un Moisés de piedra, como el de Miguel Angel; una escultura, que por el hecho de serlo, ni sienta ni piense, ni tenga ideas ni pasiones: mármol sin vida.

—No, hijo, no: mamá quiere un joven prudente, contentadizo, religioso...: yo, un hermano que no se ponga pálido ni se deje la melena modernista, ni lea..... ¡Oh!—exclamó Carmen cubriéndose la boca con una de sus lindas manos. ¡Iba á escapármeme!.....

—¿El qué?

—Nada, tontillo, nada: era..... otra cosa. Vamos, anda: pronto va á salir la luna: verás qué redonda y qué plateada asoma por encima del monte.

Engarzó su brazo, Carmencita, al brazo de su hermano, é intentó sacarle del cuarto; pero Moisés repelió el cariñoso enlace, y hurtando el cuerpo se aproximó al escritorio; revolvió con mano trémula los volúmenes que ocupaban el tablero; buscó, con ánsia febril, algo que no encontraba; y desoyendo las nuevas invitaciones que Carmen le hacía para dejar la habitación, se acercó á la estantería de sus libros, aproximando á los lomos de

estos la bujía y leyendo á medias los títulos de las obras:

—«La iliada,» «Obras de Sckespeare,» «La Eneida,» «Pepita Jiménez,» «El ingenioso hidalgo...,» «Aristófanes,» «Milton,» «La divina comedia...»

—Pero hombre, déjate ahora de libros; vámonos al fresco.

Moisés desoía las palabras de Carmen y continuaba recitando los nombres y los títulos que iba leyendo desconcertadamente:

—«Heine,» «Gritos del combate,» «La hermana San Sulpicio,» «Los lusias,» «Manzoni,» «Dafnis y Cloe...»

Giró sobre sus talones Moisés, quedando de espaldas á su biblioteca y colocándose frente á su hermana, que no parecía muy tranquila. Tenía, Moisés, la faz pálida y los ojos brillantes de ira mal sujeta.

Oye:—preguntó el poeta con voz ronca:—¿quién se ha entretenido en expurgar mis libros? ¿puede saberse?...

Carmen se encogió de hombros y dijo aparentando la mayor ingenuidad:

—Yo qué sé: á mí no me preguntes.

—¿Qué han hecho ustedes de Tolstoi, de Nietzche, de Mirbeau, de Vol-

taire, de Sthendal; de todos mis buenos amigos...? Nada; me ratifico en mi idea: así no se puede vivir, y así no vivo yo: *todo me está prohibido*.—Y recalcó estas últimas palabras.

—Pero, hombre, repórtate.

—¡Claro! He de ver con calma que se me interviene todo. No basta con cortarme las alas; es necesario tasarme el alimento intelectual.

¡Ay, hermanito de mis entretelas! Tú estás perdido, completamente perdido. ¡Y luego quieres que madre te deje volar por esos mundos!... Imposible, Moisés. En el poco tiempo que has agitado las alas en libertad, no parece sino que has estado arrastrándote por el suelo. ¡Cuánta inmundicia se te ha pegado, chiquitín!...

—Tú deliras.

—Puede ser; ¡qué se yo, pobre de mí, de las cosas del mundo! Pero se me figura que delira más que yo quien pierde la fé y quien abriga ambiciones que no son de todo en todo legítimas.

—¿Eh? ¿Qué hablas de ambiciones ilegítimas!... Calla, bachillera, calla: tú no sabes lo que dices ¿verdad que nó? Tú no entiendes de esto. Aquí no haces otra cosa que el papel de fonógra-

fo; eso lo habrá dicho mamá y tú, lo repites... ¿No es cierto?

—¡Moisés!... ¡Moisés!... ¡No me mires así! ¡Dios mío!

—¿Pues cómo te miro?... preguntó forzando la sonrisa aquel desequilibrado. Y añadió: «te miro..., con el supremo ahinco de mi amor fraterno; quizás te mire con ojos de presidiario que pide la libertad. ¡Ah, pero conste, —añadió reponiéndose— que si no escapo de mi cárcel, es porque deseo la libertad oficial, por auto de mi juez, y no la evasión por imperio de mi voluntad. Yo soy... como Dios me ha hecho: atrabiliario ¿no es así? atrabiliario, porque aparento ambiciones artísticas y *trato de moderar* brutales pensamientos; pero ¿no merezco siquiera libertad para pensar, para escojer mis libros, para lanzar mis cantos y para huir de aquí, donde me ahogo, donde me ahogo...?»

Y pronunciaba estas palabras fatigosamente; como si en realidad estuviese á punto de asfixia.

—¡Por Dios, Moisito, cálmate! ¡Jesús; tú estás malito, vida mía! Es preciso que te pongas en cura. Mamá y yo deseamos tu bien, solo tu bien.

—¿Es mi bien apartarme del camino que yo quiero, que yo *necesito* seguir? ¿Podrá labrarse mi felicidad constituyéndome en prisión y, lo que es peor, trayéndome al campo, cuya soledad odio, para aislarme, para arrancarme del lado de mi salvación?...

Carmen pensó, con dolor, que su hermano estaba loco; pero enseguida dijo:

—Mira, Moisés: hasta en eso que hablas te quejas de vicio. No iba a dertelo..., pero es preciso que lo oigas, angelito endiablado. ¿Tú sabes por qué ha adquirido mamá esta hermosa finca y por qué te ha traído a ella?... ¿Tú lo sabes?...

—Por hacerme la vida más amarga; —respondió Moisés, reconcentrando el acento.

—¡Ingrato!—arguyó revelando grande amargura la gentil doncella.—Tú estás enfermo, tú padeces alucinaciones extrañas con *ese* de la poesía y de los laureles y del gran mundo artístico: tú necesitabas esparcimiento, pureza de aire, tranquilidad de ánimo, ejercicio activo... ¿Lo entiendes, Moisés? Así lo decía el médico y así lo ha cumplido mamá, haciendo un sacrificio,

pues ha tenido necesidad de realizar parte de sus títulos de la Deuda para comprar esta alquería. Me dirás que pudo arrendar otra ¿no es eso?

—Sigue.

—No se encontraba; no se encontraba...., y prefirió adquirirla para traerte á donde te esperaban la salud, la tranquilidad, la vida. ¡Qué madre más mala! ¿verdad?

—¿Ah; con que el médico ha diagnosticado ya mi mal?....—dijo Moisés empleando fina sátira en sus palabras. Ese doctor es un sabio; sí, señor. De modo que yo necesito campo...., divertimento, ejercicio corporal.... ¡Bravas medicinas! ¡Qué penetración científica la de ese señor!

—No creas, Moisés, no creas que don Eloy es ningun mediquillo de aldea. Habló tambien de otras cosas; por ejemplo: de tu temperamento...., de....

—¡Ah!.... ¡De mi temperamento! Ahí le duele. Ya eso es otra cosa.

—¿Tú ves?

—Mucho: si habló de mi temperamento....., si se detuvo á juzgarlo y lo juzgó acertadamente, me reconcilio con ese matasanos; te lo juro. Vamos: ¿qué dijo?

—¡Qué sé yo, hombre!... ¡Si voy á recordar punto por punto!... ¡Ah, sí! manifestó que acaso hubiesen agriado tu character y entristecido tu ánimo algunas contrariedades amorosas.

—¡Hola!... —exclamó plegando el ceño Moisés.—¡Cuando yo digo que don Eloy va justificándose!

—¿Luego hay amores de por medio? —preguntó Carmen, sonriente y burlesca, tratando de imprimir un giro festivo al diálogo.—¡Ah, picaronazo, y qué callado te lo tenías!...

—Verás... es...

—Déjate de evasivas: ¿quién es ella?...

Titubeó un momento el poeta, pero de seguida contestó:

—¡Ah, pero tú crees!... Pues te equivocas. Y voy á convencerte: ¿qué mujeres he podido yo conocer, pobre cautivo?... Tú sabes que á los diez años entré como interno en el colegio de los Padres; luego estudié mi facultad en el colegio de nobles: no salí jamás de las cuatro paredes del aula y del chiribitil donde dormía. A los diecinueve años volví á casa, y me encontré contigo, con mi hermana á quien apenas conocía. Tú eres la única mujer que yo he visto de cerca; y, ya ves: tú no eres otra

cosa que mi hermana. Un año de asueto he tenido, no muy á gusto de mamá; pero ya el licenciado merecía alguna libertad y yo la tuve..., aunque relativa. ¿Querrás creer que en este breve tiempo de entrar y salir no he hallado joven alguna que me cause amor?... Yo soy un preso que ha cumplido larga condena y á quien el movimiento del mundo exterior desorienta por un espacio de tiempo relativamente grande. Ya estás viendo, pues, que el médico... se ha equivocado al atribuirme amores.

—Amén; que quiere decir «así sea;» —repuso graciosamente Carmen. Y luego prosiguió de esta suerte:—Tampoco tienes derecho á quejarte de tu esclavitud en aulas y pensiones, pues si vamos á eso... yo empezaré á lamentarme y te venceré. ¡Mira que mi reclusión ha sido larga, Moisés de mi vida!... Y, sin embargo, jamás he protestado de este sistema que se ha empleado conmigo. Mira: cuando mamá me trajo á su segundo matrimonio con tu padre, que del cielo goce, tenía yo poco más de un año.

—Tu padre murió á los dos meses de haber tú nacido. ¿No fué así?

—Justo:—respondió Carmen bajando los ojos. Luego, á los diez meses de estas segundas nupcias de mamá, naciste tú;—agregó Carmen procurando desechar su momentánea tristeza.

—Eso es: me llevas dos años cabales; eres una abuelita.

—Oye, dilo bajito, porque ya es hora de que yo me plante en diez y nueve y que de ahí no pase, aunque tiren de mí todas las carretas del mundo.

—Está bien: prosperará tu engaño, porque nadie te ha de suponer con veinte y dos abriles: representas menos.

—¡En cambio tú estás más viejo cada vez!... Con esas genialidades y con esa mirada de traidor de folletín, te pones cada día peor, hijo de mi alma.

—Eres encantadora.

—Gracias, señor;—respondió Carmen, á tiempo que, suspendiendo la falda un poco hacia arriba con sus bellas manos, saludaba cómicamente, imitando la costumbre de otros siglos.

## II.

Cuando llegaba á este punto el diálogo, se oyeron pasos, que, con relativa precipitación, fuéronse aproximando al dormitorio del poeta. En el dintel de la puerta de entrada presentóse una señora alta, de color encendido, de blancos cabellos que agraciaban su fisonomía. Era gallarda, magestuosa; miraba clavando los ojos, sugestionaba con su presencia y revelaba, en suma, una edad que no pasaba de los cuarenta años, aunque, en realidad, frisaba en los cincuenta. Fué doña Enriqueta rubia en sus mocedades, pero todavía era joven cuando su cabello realizó el cambio ruinoso de oro por plata; si bien, á decir verdad, daba realce á aquel rostro la espesa cimera de bien aderezados hilos blancos, que convertía en objeto de atención la gentil cabeza. Vestía de negro la señora y lucía una blusa de *foulard* vaporoso, bajo cuyo escoté se destacaba la piel, blanca y

brillante, aun no ajada ni flácida. Al entreabrir de los labios, no marchitos, descubriase una doble fila de dientes pequeños y blancos; y al titilar de los párpados, que tenían por adorno complicadas pestañas, de color de ocre muy sutil, mostrábanse dos pupilas celestes é inquietas. Correcta la nariz, finas y arqueadas las cejas, redonda la barba, cuyo centro se hundía levemente en un hoyo redondo, aquella faz parecía la de *Venus provecta*. La figura de doña Enriqueta no podía ser más interesante: estéticamente considerada, suspendía la atención; juzgada por su historia, no parecía tan bella: el contenido no estaba en relación con el continente; la joya (léase alma) no correspondía al estuche: tratabase de una mujer irascible y egoísta, cuyos nervios, siempre en tensión, constituían la fuerza motriz que determinaba todas las revoluciones de aquel humano mecanismo. Solo persiguió un objeto durante su vida: la satisfacción y la tranquilidad propias, aunque para lograrlas tuviese que sacrificar la calma y el goce de los demás; pero los trabajos que realizara doña Enriqueta de la Granda para llegar al

complemento de sus aspiraciones, debieron deshacerse siempre, como pompas de jabon, puesto que aseguraba la buena señora que jamás había disfrutado de una hora de quietud; lo que no obsta para que nosotros, y los que hayan bebido en buenas fuentes, creamos lo contrario y digamos que si Enriqueta se quejaba, era por puro capricho. Ahora bien: como no hay mujer, por muchas é insoportables que sean sus genialidades, por áspero y mortificante que su caracter aparezca y por muy determinado y visible que su egoismo se demuestre, que no haga un hermoso paréntesis en todas estas flaquezas cuando el amor maternal estimula su corazón y embalsama su conciencia, debe decirse, en honor de la madre de Moisés, que con éste prescindía aquélla del despego que con las demás personas y cosas empleaba, si bien la predilección que sentía por el poeta censurábase por los amigos de la familia, que consideraban á la gentil Carmen—no tan agasajada y atendida—digna, tambien, de las mayores solicitudes maternas. Y no se dijera que la bien conservada madre revelaba indiferencia punible en contra de su hija; antes bien, demos-

trábale un afecto indudable, aunque sin aquellas exajeraciones, sin aquellos arrobos que, en ciertos instantes, parecía causarle el joven predilecto. Lo que con mayor empeño echaban á mala parte las personas bien impuestas de las interioridades de aquella familia, era el hecho sensible de haber constituido la madre, á la encantadora hija, primero en el internado de un colegio local, y, más tarde, esto es, cuando la educanda apenas cumpliera los doce años, en una pensión, dirigida por religiosas, que instruían en su convento de Carcasona, allende los Pirineos, á las hijas de familias nobles y pudientes. Ya, por el diálogo que Moisés y su hermana han sostenido en el comienzo de este libro, nos enteramos de que Carmencita era hija procreada en el primer matrimonio de doña Enriqueta: ampliando, pues, este interesante punto histórico, diremos que doña Enriqueta no desperdició su tiempo; pues si quedó viuda cuando su hija Carmen contaba escasamente dos meses, es lo cierto que después y á pesar de haberle quedado un pingüe caudal de su primer marido, que ella adquirió en parte y que en parte administraba

como tutora legítima de Carmen, su primogénita, contrajo nuevas nupcias, luego que transcurrió un año; viniendo entonces al mundo (diez meses después), el joven Moisés Pérez de la Granda. Pero indudablemente tenía doña Enriqueta lo que ella llamaba *sino de viuda*, puesto que, á los cinco años de su segundo enlace, falleció *abintestato* el señor don Roque Pérez Ballina del Rincón, por cuyo óbito vinieron á heredar su viuda y su hijo, cada cual en la parte determinada por la ley, una fortuna, si no muy grande, por lo menos constituida en valores de fácil realización.

Tratándose de una viuda rica y hermosa, pareció muy natural, y más que natural humano, que sufriese el asedio de no pocos pretendientes; pero Enriqueta propúsose vivir tranquila, sumamente tranquila; pues ni durante el poco tiempo que estuvo unida á su primer esposo don Felipe del Rey ni después, en tiempos de su segundo marido don Roque Pérez, disfrutó de aquella felicidad que ella venía persiguiendo; por lo cual deseaba—ya que la Parca había declarado la guerra á sus cónyuges—vivir en libertad y autonomía

completas; ó lo que es lo mismo: sin Rey ni Roque.



Y ahora he copiado yo, muy al pié de la letra, á cierto vejete que cuando empezaba á relatar algún cuento para distraer mis ocios infantiles, se extrañaba por tortuosas disquisiciones y dejaba en suspenso á los tipos que presentaba, lo cual producía á mi vehemencia una tortura infernal, pues casi siempre abandonaba el narrador á sus personajes en las más extrañas actitudes. *Verbi gratia*: contábame cierta vez los apuros de un pobre cesante que tuvo necesidad de ofrecerse como funámbulo, sin que en su vida hubiese andado por encima de alambre alguno; y cuando me prometía yo grandes júbilo y diversión con los incidentes á que juzgaba expuesto al desdichado volatín, á quien ya había descrito mi cuentista con el balancín en las manos y el miedo en el espíritu, cortaba el narrador aquella escena y detallaba, con una latitud mortificante, la biografía del desdichado acróbata, sus vicisitudes cuando era pretendiente de destinos y

los tormentos á que le hubo de someter su suegra; pero todo ello adornado, ó, mejor dicho, abrumado por innúmeros detalles que á nada conducían. Mi imaginación, fija solamente en el protagonista de aquella historia, descartaba el resto del cuento y solo se hallaba fija en el cesante vestido de Blondín, tembloroso, con el balancín entre las manos y adelantando tímidamente el pié para comenzar su trabajo suicida: y en aquella cómica actitud quedaba en mi mente retratado el tipo, hasta que el relatante, después de haber agotado los párrafos inútiles, volvía al punto de partida y se hacía cargo, nuevamente, del titiritero, á quien encontraba como le dejó: dispuesto á romperse la crismá por ganar unas miserables pesetas.

Y he dicho que he copiado la costumbre viciosa de mi cuentista, por que, al aparecer doña Enriqueta en la puerta del cuarto de Moisés, la abandoné allí muy erguida y arrogante, y luego me intriqué en un laberinto de razones y noticias, durante cuya narración he tenido á la buena señora de pié, callada, como figura automática en cuyo seno se agotó la cuerda. Volva-

mos, pues, al momento en que doña Enriqueta llegó á la estancia de Moisés; y dejando el largo paréntesis hecho, aunque sin olvidar su síntesis, presenciemos la escena que se desarrolla entre los hijos y la madre.



Con una sola mirada apreció doña Enriqueta la situación: comprendió que los dos hermanos habían echado el tiempo á palabras, pero que si éstas pudieron ser, en un principio, levantiscas, al final de la sesión (momento en que ella aparecía en el cuarto), revelaban más bien festiva complacencia que exaltación y acaloramiento. Carmen lograba siempre de Moisés idéntico resultado: le dulcificaba, hacía cambiar la cara adusta por el rostro afable en que resplandecía la mirada serena.

La que no estaba muy en calma, la que llevaba almacenada una saludable indignación, que trataba de ocultar, era doña Enriqueta. Poco antes de subir al dormitorio de su hijo, había llevado el arriero de la granja los encargos que conducía diariamente desde la ciudad: entre aquéllos venía, como de

ordinario, el periódico titulado «Diario de la tarde», que leían los habitantes de la casa de campo con el afán propio de quienes, acostumbrados á las noticias de la capital y alejados del centro de información, deseaban escuchar un eco de las hablillas que no llegaban á su retiro. Y como la primera operación que realizaba doña Enriqueta, en cuanto llegaba á las puertas de la alquería el demandadero, era recoger el «Diario de la tarde» y leerle, en el momento aquél repitió su nueva costumbre y se echó á la cara el flamante periódico, en cuya primera plana encontró nada menos que una composición poética firmada por su Moisés. Hasta aquí, nada ofreciera de particular el caso, si no contuviese la tal poesía una porción de atrevimientos, que olían á azufre; pues el poeta clamaba, en su «Canto de un escéptico,» contra todo lo existente, y se juzgaba un sér perseguido por la fatalidad y declarábase un descreído de marca mayor y hasta llegaba á rematar aquel dechado de atrocidades con sus ribetes de ateísmo. ¡Oh, aquello era, á más de pecaminoso, sumamente ridículo en opinión de doña Enriqueta! ¡Lamentarse de su suerte

un muchacho joven y de buena posición, sin otras contrariedades que las opuestas por el cuidado maternal á la irritante manía de volar á la corte! ¡Hablar, un hombre sin contrariedades, de mónstruos invisibles que torcían su corazón! ¡Atreverse á decir el poeta, con impiedad notoria, aunque sonoramente y sin ripios, que Dios abandona á sus criaturas y consiente el incremento de sus más nefandas pasiones; añadiendo en otra pulida estrofa, digna de mejor asunto, que el vate *no creía* y que no debía tener Dios, por cuanto no le asistía! Toda aquella sarta de conceptos endiablados, todo aquel cúmulo de imprecaciones que denotaban un estado de alma deplorable y una enfermedad cerebral muy digna de la camisa de fuerza, habían operado una tensión extraordinaria en los nervios de la madre severa, que no quería tolerar los extravíos de su hijo; sin percatarse entonces de que le faltaban elementos eficaces para reducir al exaltado y para restablecer lo que el médico y ella consideraban su perdido equilibrio.

La lectura somera de la fatal poesía, fué la que determinó la inesperada

presentación de doña Enriqueta en la estancia de su hijo; pero no se crea por esto que la señora llevaba intenciones de desahogar su terrible cólera en aquel momento; pues entendía que á un enfermo no se le puede curar por la tremenda; y mostrábase claro y patente, que su hijo no era más que un caso patológico, como había dicho el doctor, despues de estudiar los síntomas. Pero era innegable, tambien, que el nombre de Moisés, y la fama de su familia debían andar, á aquellas horas, en bocas de unos y de otros, pues las *declaraciones*, hasta entonces no prestadas tan terminantemente, que se desprendían del «canto de un escéptico,» bastaban para que la opinión pública adjudicara al autor de tal engendro literario el dictado de ateo en grado superlativo. ¡Y adiós, reputación de los Pérez y de los Granda; adiós, consideración y homenaje recibidos de religiosas y de clérigos!... Aquel acto no podía reputarlo la gente de fé como extravío de un loco; puesto que si los conceptos parecían inspirados por una cabeza perturbada, la forma, la estructura, el ropaje por donde se conoce al buen zurcidor de versos, creyéralo

el mejor entendedor obra de las helénicas musas. Y aquello era intolerable de todo punto; no podía, doña Enriqueta, pasar por ello, porque su hijo *no tenía derecho* á pensar torcidamente; porque la libertad de pensar no ha de considerarse como una de las facultades del hombre, cuando por ese medio reprobado y por esa supuesta facilidad pretende traspasar los límites de la fé y violar lo inviolable. ¿Pero dónde había aprendido todo aquello su desgraciado hijo? Él no había abandonado las aulas católicas, desde que comenzara sus estudios de primera enseñanza; él no había mostrado hasta entonces escepticismo ni desesperación tales; desesperación y escepticismo que, seguramente, trataba de agigantar en sus versos el poeta, siguiendo la manía de todos los vates jóvenes, por aquello de que «la composición poética que no contiene lamento personal no tiene envidia,» según la receta de todos los bardos de melena engrasada y de ojos moribundos.



—¿Se puede saber—preguntó doña

Enriqueta ocultando su mal humor—  
qué conferencia es esta que tanto  
dura?...

—Charla y más charla;—contestó  
Carmen.—Ahí lo tienes tan risueño y  
bromista. ¡Cuando yo digo que Dios  
querrá!...

—Tan risueño ¿eh?... Pues no parece  
sino que la presencia de su madre le  
roba toda la alegría; mírale ahora, con  
los ojos bajos y la actitud de contrarie-  
dad. Hijo mío: estás empecatado.

—Mejor;—respondió Moisés adusta-  
mente.

—No, mamá, no; ¡pobre Moisés! Lo  
que tiene es un poco de enfado, con *la  
mano oculta* que ha entresacado las  
obras impías de su biblioteca.

—¿Pues qué quería él?...—Exclamó  
en tono interrogativo doña Enriqueta,  
sin poder contener ya su indignación.  
—¿Quería que se le dejase lo que le  
corrompe, lo que perturba su concien-  
cia, lo que envenena su alma?... No, no  
y mil veces no. Dije que estaba empe-  
catado, y lo repito. ¡Oh, qué desgracia!..  
Te nutres de malas ideas para volcarlas  
todas en la poesía que acabo de leer...

Moisés levantó los ojos, se incorporó  
y dijo:

—¿La han publicado?

—Sí, hijo mío; para desprestigio de nuestro nombre; para befa del tuyo.

—¿Pero qué poesía es esa?—preguntó Carmen con ansiedad.

—Mi «canto del escéptico;»—respondió Moisés, avanzando hacia la puerta de su habitación. Y enseguida interrogó á su madre diciéndole:—¿ha venido ya el «Diario de la tarde?»

—Sí, loco de atar, sí: anda, saborea tu composición puesta, en mal hora, en letras de molde. ¡Ay, Dios mío!

Moisés no contestó; limitóse á salir del cuarto y á descender á la planta baja del edificio.

—Pero, mamá, ¿qué dice ese infeliz en la poesía?

—Una porción de atrocidades, hija de mi alma. ¡Esto es inaudito! ¡Un joven que comulgaba todos los meses!... ¡Oh; el demonio se nos ha metido en casa!

—Yo no sé, mamá; pero unas veces creo que Moisés ha perdido el juicio, y otras que son falsas genialidades las tuyas; es decir, que trata de hacerse *el interesante* para resultar con mejor aspecto de poeta.

—No, hija mía; ¿y el cambio de con-

vicciones?... ¿Y esa maldita afición á las lecturas malsanas?... Desengáñate: á nuestro Moisés lo ha cambiado el ambiente moderno.

—Bien; eso en cuanto á las ideas: pero... ¿y en cuanto á su caracter?...

—Todos esos efectos reconocen la misma causa: ¿acaso los réprobos pueden tener buen genio? La fé, eadulza; el descreimiento, acibara. ¡Oh! Y poco he de poder yo si nó le reduzco; pero si he de verle así para siempre, que se muera: es preferible.

—¡Jesús, mamá!

Doña Enriqueta pronunció las últimas palabras con verdadera energía; inyectándosele los ojos y poniéndosele de color de amapola el semblante. Después de este diálogo tomó Carmen la palmatoria, cuya bujía encendiera Moisés, y saliendo de la pieza descendió junto á su madre por la escalera, llegando ambas al comedor. Allí estaba Moisés echado sobre la mesa; esto es, acostado de bruces, pero sin ocupar asiento alguno. Delante de sus ojos, sobre el ámplio tablero de nogal, extendíase el «Diario de la tarde,» una de cuyas columnas impresas leía atenta- mente, valiéndose de la intensa luz que



derramaba la gran lámpara suspendida del techo.

Doña Enriqueta, que se disponía á penetrar en la estancia, detúvose al ver á su hijo; no pudo contener un movimiento de contrariedad; retrocedió y fuese á la antepuerta, donde invitaban á la molicie algunas butacas de retrepado espaldar y de cómodo asiento. Carmen, por el contrario, penetró en el comedor y se aproximó á su hermano; apoyóse en él y se inclinó también gansosa de leer lo que su hermano leía: mas al sentir Moisés el contacto de aquellas morbideces virginales, se incorporó de repente, miró á su hermana con no se qué misterioso ahinco, y exclamó, á tiempo que recojía y doblaba el periódico:

—¡Eh!... Tú no debes leer esto.

—¡Qué brusco eres, hombre. ¡Así está mamá contigo! Claro que yo no debo leer eso, puesto que mamá lo condena y tú confiesas el peligro que ofrece su lectura. Pero, vamos á ver: ¿por qué contrarías á mamá? ¿por qué has hecho esa majadería?...

—¡Majadería!.... Acaso sea este el canto mejor de mi lira.

—Déjate de bobadas, hombre; el me-

pinando un suave bofetoncillo en la cara de Moisés; tratando de sugerir ideas alegres á aquel loco de atar. Y luego salió del comedor saltando y riendo como una niña traviesa y juguetona.

Moisés la vió salir admirado de su donosura y de su acento amable: después sentóse instintivamente en una silla, apoyó los codos en la mesa del comedor, puso la frente en las palmas de ambas manos y suspiró sorda y profundamente.

### III.

No se me ha ocurrido decir aún, que Carmen tenía novio; bien es verdad que esta relación está en sus comienzos y que todo no puede decirse de golpe y porrazo.

Pues sí, señores: Carmen amaba á Adolfo Hernández, joven letrado muy elegantito y discreto; hombre de alguna flemma impropia de sus veinte y ocho

pinando un suave bofetoncillo en la cara de Moisés; tratando de sugerir ideas alegres á aquel loco de atar. Y luego salió del comedor saltando y riendo como una niña traviesa y juguetona.

Moisés la vió salir admirado de su donosura y de su acento amable: después sentóse instintivamente en una silla, apoyó los codos en la mesa del comedor, puso la frente en las palmas de ambas manos y suspiró sorda y profundamente.

### III.

No se me ha ocurrido decir aún, que Carmen tenía novio; bien es verdad que esta relación está en sus comienzos y que todo no puede decirse de golpe y porrazo.

Pues sí, señores: Carmen amaba á Adolfo Hernández, joven letrado muy elegantito y discreto; hombre de alguna flema impropia de sus veinte y ocho

años: la edad de los impulsos y de las energías.

Desde que se constituyó doña Enriqueta en su posesión rústica, en compañía de sus hijos, había visitado la alquería el buen Adolfo solo dos veces; quedando acordado en la última, que las idas del novio se realizarían los jueves y los domingos.

Jueves fué el día que subsiguió á la llegada del «Diario de la tarde;» y como Adolfo debía presentarse en la granja lo más temprano posible, para librarse del irresistible calor del mediodía, Carmen se levantó más presto que otras veces y se acicaló con aquella elegante gracia que era su más apreciable rasgo. ¡Cuánto iba á divertirse Carmen aquel día!... Iba á pasear por vericuetos y sendas con el futuro dueño de su mano; á presenciar junto á él las operaciones de la trilla, que aquel día se inauguraban; á escuchar los más cariñosos juramentos, sentada muy cerquita del bien amado, en la orilla del riachuelo que cantaba con ténue voz al arrastrarse por su cáuce de limo. Iba á conseguir más aún: que su Moisés conversara nuevamente con Adolfo y que se convenciese de que el

abogadito no era tan vulgar ni anodino como aquél creía y publicaba. No, no; su hermano estaba equivocado en esto; su semilocura le hacía ver á Adolfo bajo un prisma que le favorecía poquísimo: Adolfo no era decidor, no tenía arranques, no jugaba la frase, no era arrebatado ni para el elogio ni para la censura: era, el suyo, un temperamento tranquilo, *sui generis*; pero de ahí á resultar Hernández antipático y tonto y desabrido, mediaba una distancia enorme. No parecía sino que Moisés le había tomado entre ojos, lo cual era lamentable, pues en cambio Adolfo se deshacía—de la manera que él podía deshacerse—elogiando el talento de Moisés y expresando legítimo sentimiento por la enfermedad que parecía alterar al poeta. A juicio de Carmen, era convenientísimo que su novio menudeara las visitas, y que en todas ellas dialogase con Moisés; tanto para lograr por el roce la intimidad, cuanto para dar ocasión á que su hermano se percatase de la cultura de Adolfo. Ya se lo había dicho ella á su prometido: «dedícate á Moisés más que á mí; háblale de sus aficiones literarias; lee, si no las conoces, todas las obras de los

clásicos griegos y latinos, y encájale tus opiniones sobre ellos á las primeras de cambio; yo quiero que mi hermano se identifique contigo; y el mejor medio para lograrlo es que tú te identifiques con él. Pero á Adolfo le tenían sin cuidado Homero y Virgilio, Terencio y Plauto, Aristófanes y Píndaro; y aunque, por dar gusto á su novia, prometía adquirir en poco tiempo un baño de clasicismo, jamás emprendía el estudio de los autores, de lo cual no tenía poca culpa aquella atonía de espíritu que era en él incorregible y típica.



Era muy de mañana: el sol, apenas elevaba su ígnea custodia sobre las cumbres de levante: solo le anunciaban las claridades precursoras, que lentamente entonaban con pinceladas de luz el extenso fondo del firmamento opalino. La fresca brisa matutinal jugueteaba por entre las espigas amarillas, y los pájaros sacudían las entumidas alas, que hallaran descanso en el nido perfumado ó en la rama hospitalaria. Las pintadas gallinas saltaban des-

de los travesaños del corral, en que pernoctaron, al suelo terrizo que ofrecía los olvidados residuos del afrecho y del grano; y batían las alas con fuerza ensayando el cocleo adormecedor, rival indigno del sonoro canto con que saludaran los gallos á la hermosa madrugada. Los pavos abrían el tornasolado abanico de sus colas é hinchaban las rojas cabezas, andando presuntuosamente con paso procesional dentro de la amplia cerca de alambre; y el rucio perezoso, mostrando las enormes quijadas pobladas de dientes que parecían fichas de dominó, ejecutaba uno de sus malsonantes conciertos, en tanto la manada de cerdos y cerdas y lechoncillos, hozando el pavimento, marchaba con las orejas gachas y el rabillo enroscado hacia los parajes á que guiaba á tan sucios semovientes el mancebo erigido en porquero respetable. Todo despertaba: desde la naturaleza, que abandonaba sus sábanas nocturnas, hasta el labrador, que sacudía por imperiosa necesidad y por saludable costumbre la pereza. Ya en la majada se oía la voz familiar de los pastores nombrando á las ovejas predilectas del rebaño, mientras las esquilas tintineaban

acompañando al suave balido de los corderos; y las henchidas ubres de las pacientes cabras vertían su blanco y nutritivo zumo solicitado por la mano del zagal, al comprimir éste con maña los remates eréctiles de aquellos latentes y cargados depósitos.

Paulatinamente se engrandecía el firmamento con la claridad intensa, que se aumentaba á medida que el disco solar elevábase en pos del mediodía. El dorado genio de la mañana, cantaba una égloga llena de peregrinas hipérbolos á aquel risueño trozo de campiña, á aquellas inmensas manchas de trigo que encubrían el obscuro fondo sobre que se elevaban y crecían las espigas apretadas, y á aquella nueva manifestación de la prodigalidad y de la hermosura y del encanto de la Naturaleza.

Discurriendo alegre y versatil, como mariposa, vagaba Carmen entre las flores de un jardincillo que cultivaban para ella, delante de la casa; y en él cortaba las rosas fragantes, aún plagadas de los brillantes líquidos que la aurora salpicara sobre las plantas, y las unía á su cabello oloroso, búcaro digno de aquellas bellas galas naturales. Doña Enriqueta, arrellenada en su

butacón, aprovechaba el refrigerio de la brisa matutinal, y Moisés, allá en su cuarto, sudoroso, soñando con glorias y con laureles, reclinaba aún su despeinada cabellera sobre la blanda almohada de plumas.

Carmen, cuya impaciencia reflejábale cada vez más en las pesquisas que realizaba con la mirada, fija de tiempo en tiempo en la senda que desde lejos arrancaba, preguntó á su madre:

—¿Qué hora será ya, mamita?

Pero la respuesta no se oyó en aquel momento; porque doña Enriqueta, invitada por la suavidad del aura y por la posición enervante á que daba lugar su asiento, había reanudado el sueño que, un rato antes, interrumpiera, cuando dejara el lecho blandísimo, aunque no muy fresco. Pero Carmen abandonó el jardincillo, cerró apenas la empalizada, y, aproximándose á su madre, repitió la pregunta de este modo:

—Mamá, apuesto á que son... lo menos las siete.

Abrió penosamente los ojos doña Enriqueta, miró á su hija un instante; y volviendo á reclinar la cabeza sobre el respaldo de la butaca, contestó entre dientes:

—Sí; lo menos las siete.

Pero como Carmen no se satisfizo con que su madre participara de aquella opinión, pues el objeto que perseguía era, ni más ni menos, que doña Enriqueta echase mano á la saboneta que guardaba en el bolsillín de la blusa y que manifestase con fijeza la hora demandada, apartóse de allí corriendo, entró en la casa y miró el reloj que en el comedor existía.

—¡Qué siete ni qué ocho cuartos!...— exclamó festivamente.—¡Pues si no han dado las seis!...

Salió de nuevo á la antepuerta de la casa, que sombreaba una parra frondosa y cargada de racimos, y volvió á extender su vista por las lejanías. Con efecto, no parecía tan de mañana: en la ciudad se verían á aquellas horas, sin duda alguna, las puertas de las casas cerradas, solitarias las calles; ¡como que los buenos ciudadanos se habrían acostado cuando fuera la noche más que mediada! Pero allí, en el campo, era otra cosa: todo el mundo, incluyendo en éste á las aves de corral y á los cuadrúpedos, habíase entregado al reposo muy tempranito; y, como era natural y acostumbrado, madrugó para comen-

zar sus tareas apenas el sol anunciara que iba á echar una ojeadita sobre lo que hacían las gentes por aquellos andurriales: de modo que las seis de la mañana eran allí, en el campo, una especie de mediodía; pues los zagales, los segadores y los braceros de la trilla, llevaban á aquellas horas de Dios mucho trabajito adelantado y muchas perlas de sudor derramadas.

Carmencita, en una de la rápidas evoluciones de su pensamiento, dedicado en aquella hora á la esperada visita de Adolfo, recordó que arriba, sobre la cómoda de su dormitorio, había dejado unos magníficos gemelos de campaña, que su madre cuidara de llevar á la rústica hacienda (como parte del menaje de la casa), y cuyo precioso auxiliar óptico perteneció al padre de Moisés. Con aquellos gemelos se exploraban todas las lejanías y podría Carmen, por lo tanto, descubrir á Adolfo desde que apareciera por el puerto que formaban dos pequeñas cumbres tajadas, distantes de la alquería como dos kilómetros, sobre poco más ó menos. Y como los seres vehementes ejecutan lo pensado con una presteza casi simultánea, Carmen se dirigió precipi-

tadamente á su cuarto, que era tambien el de su madre y que se hallaba próximo al de Moisés; tomó los gemelos de encima de la cómoda, no sin extraerlos antes de su funda, la cual abandonó sobre el tablero del mueble, y partió con la misma ligereza que empleara primeramente.

Al pasar por delante del cuarto de Moisés, detúvose Carmen; empujó suavemente la puerta é hizo un mohín que expresaba relativa contrariedad. «Todavía está entre sábanas ese gandul;»—dijo, y añadió para su capote: «no sería malo despertarle, para que se arreglara y vistiese á tiempo de recibir á Adolfo.» Y, después que hubo pensado de esta manera, zamarreó de nuevo la puerta, dió sobre ella algunos golpes con los nudillos, y acompañó la acción con estas palabras:

—¡Arriba, Moisés! ¡Dormilón; gusano de sedal...

Nadie contestó; por lo que repitió Carmen las operaciones de antes, con mayores júbilo y estrépito. Pero esta vez coronó el éxito su obra, pues Moisés contestó, primero con voz soñolienta, luego con acento mejor timbrado y, por último, con estas sonoras palabras:

—Estate quieta, loquilla, estate quieta. ¡Buen despertador eres, hijita mía!...

—No me estoy quieta, hasta que no sepa yo que estás despierto del todo.

—Sí, mujer, sí; lo estoy por completo.

—¿No te volverás al otro lado, como otras veces?...

—No, chiquilla, no: puedes irte tranquila. ¡Buen sueño me has quitado!...

A estas últimas palabras correspondió Carmen con una carcajada infantil que comunicó no poca alegría, á través de la puerta cerrada, al sombrío espíritu de aquel dormilón impenitente. Enseguida bajó las escaleras Carmen, y puesta de pié en la esplanada donde su madre estaba reposando, graduó los gemelos, los antepuso sobre sus hermosos ojos y miró con ansiedad.

Moisés, en tanto, desperezóse lánguidamente; ordenó, sin conciencia de que lo hacía, su enmarañada cabellera, y adelantando uno de los brazos empuñó una cuerda de la cual tiró rápidamente. Un torrente de luz inundó la estancia, cuyo artístico desorden revelaba las genialidades de su huesped: todos los objetos se destacaron súbitamente, á la manera de esas apariciones que, ayer

la linterna mágica y hoy el cinematógrafo, trocaban y truecan el plano obscuro en cuadro animado y con apariencias de la realidad más viva. Aquél era el estudio de un poeta, ó, dicho con perdon del galicismo, el *atelier* de un verdadero artista: los libros coronaban desordenadamente el pupitre; las hojas de papel recientemente escritas, plagaban la carpeta, como fruto que reverdeciera del ingenio, en medio de una juventud y de una calidez primaverales; del mismo modo que yacían sobre el pavimento diversas cuartillas, como hojas caídas en el otoño, estrujadas por la mano descontentadiza que apreciara deficiencias de forma indignas de figurar al lado de supuestas bellezas ya concebidas con éxito.

Moisés fijó sus ojos en la esfera del reloj, que decoraba uno de los muros de su cuarto.

—¡Las seis!... murmuró, con acento revelador de profunda contrariedad.— ¡Las seis!... ¡Y luego un día largo, largo, sin atractivos! ¡Y á todas horas, cerca, muy cerca, *lo que está lejos*, muy lejos!... ¡Cómo ha de ser!...

Después de este breve monólogo, saltó del lecho y se calzó. Cubrió el tor-

so, cuya piel transparentaban las finas mallas de una camiseta de seda, tejida á manera de red, con la camisa vaporosa y fresca de batista de color. Cifó á su cintura el sutil y blanquísimo calzón de hilo, cuyos perniles llegaban á los tobillos, como es uso y costumbre; y, de seguida, colocó sobre este calzon interior un pantalon de transparente seda cruda, y, sobre la matizada camisa, una americana de tela sumamente delgada y de color claro, cuya prenda estaba confeccionada expresamente para el campo y al estilo modernista, caracterizado por la forma original de los bolsillos y por la anchura de la espalda, amén de otros amaneramientos inventados por esa coquetuela tornadiza que llamamos *última moda*.

Mientras refrescaba el rostro y peinaba los cabellos, estaba Moisés recordando, con sonrisa, el sueño que le había preocupado durante la madrugada. El sueño era sumamente pueril, pero tenía clave, y una clave sencilla, según iba conociendo: había soñado que en cierto palacio, á que llegó conducido por arte diabólica, fué apercebido de que jamás lograría en el mundo *lo que deseaba*. Todo esto se lo dijo,

con voz reposada y grave, un mago de lengua barba y de mirada penetrante. «Solo aquí te será concedido lo que pidas;»—hubo de decirle el mago; y entonces Moisés, que sudaba la gota gorda, suplicó que le suministrasen algún bebedizo por el cual le fuese apagada aquella enervante sed que sentía. Pero entonces le dieron á beber, con evidente engaño, un filtro que, en vez de disminuir el ardor de la sangre, lo aumentaba; por lo cual púsose el buen Moisés como un horno de rojo y de encendido. Vió, á poco, un grupo de extraños violinistas que afinaban las cuerdas de sus respectivos instrumentos, con ánimo indudable de ejecutar algún peregrino concierto en honor del magnate, dueño de aquellos suntuosos salones; y como se le ocurriera á Moisés pedir que los músicos interpretasen alguna obra de *Grieg*, para solazar el espíritu, oyó que los tales profesores se limitaron á producir solamente una nota *tenida*, muy aguda y unísona, para lo cual pisaban la cuerda llamada prima, muy cerca del puente del violín. Véase, pues, que ni allí ni en ninguna parte podía él desear nada, porque todo le salía contrario: cuando pedía fresco,

calor infernal; cuando solicitaba armonías, sonidos monotonos. Esto tenía para él algo de simbólico: por que era lo cierto, que nada de lo que se afanaba por obtener lograba; y si pedía blanco, la suerte le echaba negro. Pero el sueño tenía, en realidad, una explicación, ridícula si se quiere, pero no por eso menos natural: Moisés era descuidado y no aireaba su dormitorio ni ponía las vidrieras, por donde podía entrar la brisa, en condiciones de que el mortificante calor que se dejaba sentir aminorase por la noche: de ahí que en sueños se diese cuenta de que sudaba y de que necesitaba fresco. Y en cuanto á la música celestial, no era otra que la que producían los mosquitos alrededor de Moisés, mientras éste dormía á pierna suelta: de todo lo cual resultaba que la fantasía de nuestro poeta, siempre laboriosa, idealizaba en sueños el calor sofocante y el chirrido de los insectos (él los llamaba cínifes) que hubieron de molestarle é inquietarle antes y después de conciliar el sueño.



Bajó Moisés á la esplanada donde Carmencita exploraba el camino y donde reposaba doña Enriqueta; dió los buenos días con acento ténue, y se inclinó hacia su madre, cuya frente besó con más inconsciencia que ternura. Doña Enriqueta contestó á aquella caricia fría, con un sonido que no era palabra, que era más bien suspiro abortado; quiero decir, ahogado en la cerrada boca. Aquel rugido sutil, quería dar á entender muchas cosas; por ejemplo: «menos bodas, y más limosnas;» «bésame menos y ten más juicio;» «no te declares escéptico ni en verso ni en prosa;» ó «me estás quitando la vida.» Esta fórmula usábala mucho doña Enriqueta cuando reprochaba á su hijo. Luego que hubo acariciado Moisés á su madre, se dirigió á su hermana, cuya fijeza é inmovilidad le exasperaron, y exclamó:

—Anda, nenita, anda; pierde ahí las pestañas mirando el lejos. ¡Dios te harte de novio!

—Calla, simple;—contestó Carmen, sin separar los gemelos de sus ojos.—Lo que es ahora, poco me importa á mí

perder las pestañas, con tal de ver muy clarito un bulto de persona que descubro por allí. Es un ginete que baja muy despacito sobre su cabalgadura, por la cuesta del Alamillo. ¡Como esa condenada cuesta está tan llena de peñascos!.. Pero me parece á mí..... ¡Ay, qué malos son estos cristales pícaros!... Se vé un caballo con su caballero..., pero no se distingue bien quién sea. Ya han pasado en la misma dirección otros varios, pero cuando han estado á foco he llevado un desengaño cruel: eran arrieros.

Moisés miraba fijamente á su hermana y mientras oía sus palabras, balanceaba la cabeza acompasadamente hacia delante, como esos muñequitos que imitan á los diputados de todas las mayorías, diciendo perdurablemente «que sí.» Aquel balanceo de cabeza, (me refiero al de Moisés) acompañaba á estas ideas, que el poeta no tuvo á bien expresar entonces por medio de la palabra: «¡parece mentira que llegue á tal extremo el entusiasmo de mi hermana por un pollo insubstancial y anodino!» Pero como Carmencita no pudo darse cuenta de aquella muda reprobación, porque no había nada que le hiciese apar-

tar de sus ojos los cristales, que ella llamaba *pícaros*, continuó en sus investigaciones, ni más ni menos que anteriormente.

Transcurrido un breve rato, articuló Carmen una exclamación que denotaba el descubrimiento de su anhelado viajero.

—¡Ah!... ¡Este sí!... ¡Por fin!... ¡Ay, qué clarito!... Anda, hijo, anda; corre un poquito más, que no se resbalará tu caballo por eso.

Bajó Carmen los gemelos y dijo á su hermano, que se había apartado un tanto y que acariciaba á *Nerón*, un perro mastín, guarda fiel de la morada:

—¡Moisito!... Ya viene allí, allí. (Y señalaba con su torneado índice el lugar por donde apareciera Adolfo.)—Mira, Moisés; sin gemelos, se le vé apenas: parece un liliputiense que cabalga sobre un caballito de cartón; pero con los gemelos, se aprecia todo tal como es. ¿Quieres mirarlo?—preguntó Carmen, ofreciendo á su hermano los gemelos de campaña.

—Déjame á mí, tonta de capirote;—respondió Moisés, un tanto malhumorado, rechazando los gemelos con un movimiento brusco.

—¡Jesús, hijo, y qué poco afable eres con tu hermana! ¡Perdona, hombre!..— Y murmuró: «se ha puesto insoportable.»

Doña Enriqueta se levantó del asiento; Moisés se apartó del grupo, y la primera dijo á su hija:

—Eres una tonta de tomo y lomo. ¿No sabes que ese muchacho está dejado de la mano de Dios?... Nada le digas, déjalo con sus chifladuras y no le des parte de nada, puesto que todo le produce el mismo efecto. ¡Habrá mamarracho!

Todo esto lo dijo doña Enriqueta tratando, inutilmente, de bajar la voz: como la indignación le empujaba las palabras, no podía dulcificar el tono lo bastante para que Moisés no se enterara de todo.

Media hora después llegaba Adolfo á la puerta de la casa, se apeaba del caballo, que era conducido á la cuadra por *Rebusco*, el capatáz, y saludaba á su futura suegra y á su prometida esposa con más cortesía que aparente entusiasmo. En cuanto á Moisés, habíase refugiado nuevamente arriba, en su estudio, desde una de cuyas ventanas atisbaba los detalles de la recepción de

Adolfo, bien que ocultándose lo más posible para no ser visto. Tenía los ojos brillantes, la faz pálida: miraba con visible contrariedad á Adolfo y á su hermana y á su madre. Cualquiera hubiese dicho que aquel loco odiaba á los tres igualmente, puesto que les envolvía en el calificativo de *imbéciles* pronunciado sombría y quedamente, como para que fuera oído por él solo. Y Adolfo, que tenía bien aprendidas las recomendaciones de su novia, en lo de tratar á Moisés con exajerado cariño, como medio de conquistar su afecto, pidió permiso á doña Enriqueta para ir en busca del vate, luego que supo que acababa de subir á su estancia, sin duda «por no haberse dado cuenta de que se aproximaba el visitante,» según decía, con más diplomacia que veracidad, la encantadora Carmencita. Y subió Adolfo al cuarto de Moisés, y éste sacó fuerzas de flaqueza para componer su semblante y para formular una sonrisa mentida; y los futuros hermanos se saludaron de manera efusiva, al parecer, y á poco bajaron al llano dispuestos á dar un paseo por la hermosa alquería, acompañados de Carmen y de doña Enriqueta.

Aquel paseo fué delicioso: bien es cierto que á tales horas calentaba el sol más de lo justo y que ofrecía calcinarlo todo en cuanto llegara al mediodía; pero las señoras llevaban sus quitasoles, y los pollos sus sombreros flojos, con las alas deprimidas hacia la frente, para resguardar los ojos del resplandor que cegaba. Por una áspera pendiente que serpeaba detrás de la casa, descendieron á la estrecha cuenca del arroyo; vieron funcionar el malacate, en derredor del cual marchaba describiendo una interminable circunferencia el asno, ya cansado, cuyos ojos tapaban las rudas anteojeras de esparto. Allí no se dejaba sentir el sol abrasante; los árboles que crecían á uno y otro lado de las cuevas que formaban el álveo; las adelfas de color de grose-lla, salpicando aquellas riberas abruptas; la brisa replegada, por decirlo así, en aquel escondite, y el agua escacísima, pero fresca, que saltaba sobre su lecho irregular y accidentado, convertían aquella hondonada en un rincón delicioso, por lo pintoresco, y de temperatura plácida. Carmen, reconciliada ya con su hermano y ganosa de agradarle y de sugerirle ideas gratas, llama-

bale la atención, invitando á su espíritu, que se enamoraba de todo lo bello, á contemplar y á amar todas aquellas peregrinas dulzuras, bastantes para provocar las explosiones del estro bucólico; pero Moisés, que no dejaba de admirar aquella preciosa perspectiva, sostenía, como antes, que no sentía la égloga; á lo que respondía muy donosamente su hermanita, con tono sentencioso, que ya la iría sintiendo, á medida que su fantasía fuese descubriendo los secretos encantos de la espléndida granja.

De allí, rodeando por una de las vertientes, subieron al olivar, con gran cansancio de doña Enriqueta, que invitaba á sentarse á todos, bajo la sombra de un aceituno sumamente frondoso. Todos respetaron la orden, excepto Moisés, que permaneció de pié, suggestionado por el espectáculo que se extendía delante de su mirada de artista. Veía á sus piés, una profunda hendidura, que no era sino el lecho del arroyo cuyas márgenes acababa de abandonar; esta hendidura se ensanchaba hasta el extremo de formar un holgado cáuce arenoso, solo remojado por una débil cinta de agua que caminaba hacia el

cercano mar. Al frente, y sobre un plano inclinado que formaba la extensa meseta de otro monte, descubriase la operación famosa de la siega: toda aquella extensión hallábase cubierta por espesas y doradas mieses, que brillaban más y parecían más doradas bajo la luminaria del sol. Entre las espigas se agitaban los segadores, cubiertos por el amplio sombrero de palmas y esgrimiendo las brillantes hoces que seccionaban el amarillo cañón de paja. Salpicadas sobre aquella grandiosa red de espigas, y como si la naturaleza hubiese querido romper la uniformidad del color gualdo, florecían innumerables amapolas que aumentaban el típico encanto de aquella campiña de pansembrar.

Más que por alarde ridículo, pretendió Moisés, por impulso natural de su idiosincrasia, elevar allí un canto á aquella escena que empezaba á mostrarle los rasgos artísticos de la vida campestre; pero quiso probar las aptitudes de Adolfo, ensayar su temperamento, llevar á la piedra de toque su manera de ver las cosas, para deducir los quilates de aquel espíritu que él tenía por vulgar y ciego.

—Vamos á ver, Adolfo;—exclamó súbitamente Moisés, después de haber admirado en éxtasis aquella preciosa mancha de color.—¿Qué vé usted allí enfrente?...

Esta pregunta la hizo, estremando una sonrisa de desconfianza y fijando la vista en Adolfo, en espera de rápida contestación. Carmen comprendió el propósito de su hermano: ya otras veces se había descolgado con preguntitas como aquellas, para sondear la cultura y el buen gusto de Adolfo; y éste no había tenido la suerte de contestar bien. Era aquel un perpétuo exámen, que ya tenía á Carmen hasta la punta de los cabellos; porque Adolfo no era artista, ni tenía que serlo.

El prometido de Carmen, turbado un tanto, y algo contrariado también por la persistencia que mostraba Moisés en sacarle á plaza, miró con bastante parsimonia al frente, dirigió luego los ojos á su examinador, se encojió de hombros, y respondió flemáticamente:

—Pues..., hombre; si es allí, yo no veo más que unas cuadrillas de braceeros que están segando el trigo para llevarlo á la era en gavillas y trillararlo como Dios manda.

Sonrió significativamente Moisés y repuso:

—Con efecto: eso es lo que usted vé, lo que vé cualquiera, lo que está al alcance de las fantasías pobres.

Doña Enriqueta estaba ya á punto de abofetear á su hijo; y, Carmen, en visperas de decirle cuatro frescas; pero como se contuvieran, por no echar la fiesta á perder, continuó Moisés de este modo: «yo, en cambio, veo allí un ejército rubio, —proveniente al parecer de raza sajona, —que ha sido sorprendido inerme en su vivac, por un denodado grupo de guerrilleros. Éstos guerrilleros son los segadores, que levantan el brazo armado y truncan y arrojan y vencen cuanto se les pone delante: ya se inclinan sobre sus víctimas hiriéndolas con el alfange brillante; ya recojen en haces los muertos y los arrojan atados en haces. La lucha es cada vez más fragorosa; y las amapolas, fingiendo la sangre derramada, salpicanlo todo. Esto es lo que yo veo, y tal vez descubro un símbolo: pues si esos hombres no son guerreros, sino segadores, no podrá negárseme, en cambio, que entablan la lucha por la existencia.»

Pronunciaba estas palabras Moisés sencillamente, aunque con evidente desequilibrio: no daba al asunto mayor importancia de la que tenía, pero trataba de hacer comprender á su futuro cuñado, que, á veces, la belleza no está en los objetos, sino en la mirada del observador; y que la fantasía puede idealizarlo todo y que la poesía, y el arte, sagrados ministerios encomendados á los espíritus superiores, tienden á evidenciar las grandezas que pasan desapercibidas para las miradas indoctas.

Adolfo, para quien todo aquello era palabrería huera y sin aplicación á los usos de la vida, pretendió manchar aquel sencillo cuadro de poesía, con un rasgo de ingenio festivo. Más que para contrariar al poeta, para solazarle y solazar á aquellas dos señoras que le oían, preguntó Adolfo á Moisés, empleando alguna reticencia:

—¿Y aquel gandúl, aquel labriego que está allí muy tendido y descansado entre amapolas y trigos?...

—¿Aquel?..... —respondió Moisés. — Acaso sea aquel algo que completa el cuadro; aquel hombre que yace como muerto, pudiera ser muy bién un hé-

roe que perdió la vida en la refriega; y el grupo compacto de anapolas y de trigos que le envuelve, paréceme á mí un soberbio jirón de la bandera española, que el vencido, al caer para no levantarse más, ha tratado de rodear como peregrino sudario á su acribillado cuerpo.

Adolfo cambió con su novia una mirada de inteligencia; quería decirle con ella, que juzgaba á su hermano cada vez más extraviado; pero como á Carmen le había parecido muy bonito y del caso cuanto dijera Moisés, creyó, por su parte, que Adolfo elogiaba, con aquella mirada significativa, el genio artístico del jóven poeta.

A poco levantáronse todos y continuaron el paseo; bien es verdad que el sol les despedía á toda prisa con los azotes de su fuego. Entonces dirijéronse los cuatro personajes á la era, para llegar á la cual tuvieron que desandar lo andado y buscar el lugar donde tenía efecto la trilla, al otro lado de la casa; esto es, hacia el Oeste.

Ya dije, y en caso contrario lo digo ahora, que el edificio se levantaba en una altura, pues toda la alquería no se hallaba formada, en su mayor parte,

sino por montes; bueno: pues la era se extendía, así mismo, sobre la gran meseta en que se alzaba la casa; bien que midiendo no pocas hectáreas aquella gran explanada, había terreno holgado para el edificio, la casa de labor adosante, la era, y una gran parte de suelo cubierto de mieses y de pámpanos.

Cuando llegaron nuestros personajes á la era, desarrollábase en ella una escena sumamente artística: el suelo, empedrado en forma de círculo, se hallaba cubierto por la rubia y abundante parva, que apilaban mañosamente con el bieldo los curtidos zagales. Sobre la hermosa y dorada alfombra de mieses, trotaba la fogosa cuadriga, digna de figurar, por la esbeltéz de sus brutos, en los juegos olímpicos de Grecia. Sobre el trillo, que arrastraban por todo vehículo aquellos impetuosos caballos, destacábase la hermosa figura de una mujer alta, rubia como las espigas que hollaba; una doncella esbelta y de cintura flexible; de ojos azules y fúlgidos, y de labios color de grana. En la diestra empuñaba aquella moza, que se llamaba Ventura, el rendaje de los cuadrúpedos; y en la mano izquierda esgrimía y restallaba el látigo crujiente,

obligando así á la cuadriga á caminar en derredor de la era, sin que el arrogante busto de la peregrina zagala se doblegase, y sin que la gallardía de su persona se menoscabara ni una pizca, á pesar del rudo movimiento que producía el arrastre de la pequeña tabla dentada, sobre que llevaba Ventura colocados los diminutos piés. Al propio tiempo que dirigía Ventura á la cuadriga, entonaba con melancólico acento los cantos típicos, que desde las épocas medioevales, fueron propios de tan gratas faenas agrícolas: y aquellos cantares, que eran los mismos entonados por todas las madres al pié de la cuna de sus hijos, no parecía sino que provocaban al sueño, que aumentaban la enervación producida por el intenso fuego solar; ¡cuando, en tales horas, debieran cantar los activos labriegos estrofas alegres desarrolladas en compases vivos y excitantes!....

Ventura daba al aire cierta copleja, formada, como todas las de su género, por cuatro versos asonantados, de los que, el primero y el tercero, contenían siete sílabas, y cinco el segundo y el cuarto. Echó de ver en aquel instante Moisés, que ningún tratado de las com-

binaciones métricas, señalaba aquella sencilla traba de cuatro versos como propia de los cantos de la trilla.

La copla que Ventura cantaba, era, si mal no recuerdo, esta que copio:

«Si quieres á mi vera.....  
trillar el trigo.....,  
anda vé por el cura.....  
y el monaguillo.....»

Moisés opinó que la cadencia empleada en aquel canto era, sin duda alguna, de origen árabe: la melancolía distintiva de esta clase de coplas—pensó—la voluptuosidad que éstas respiran; la melodía enervante que encierran y el característico arrastre de la vocal con que suele terminar cada uno de los versos, denotan con grandes probabilidades de certeza, que tales canciones fueron transmitidas por los árabes á nuestros días. Todo esto se le vino á las mientes á nuestro poeta, en presencia de aquella copla que fué seguida de esta que aquí transcribo:

«Ya está la parva *jecha*,  
*señó* nostramo;  
ajustosté la cuenta,  
porque mos vamo.»

La segunda estrofa no fué cantada por Ventura, pues ésta, apenas vió

que los señoritos estaban como bobos delante de la era, recreándose en su gallardía y burlándose, tal vez, del poco estilo de su voz, paró la inquieta cuadriga, entregó las riendas á un paleta que respondía por *Chinche*, y saltó del ruedo para dirijirse á doña Enriqueta y á Carmencita. También se adelantó hacia ellos *Rebusco*, el viejo capatáz, padre de la doncella rubia; y *Rebusco*, que era tan cumplido como prolijo, hizo la presentación de Ventura en estos términos:

—Esta es mi Ventura, señoritas, pa servir astedes. Anoche mesmo me la truje de Cutar, donde estaba con mi hermano el cura de la parroquia; ¡por que mosotros tenemos también nuestra mijita de importancia en la familia! Y aquí la tienen ustedes; que en cuatro meses que ha estado allí á la vida bir-longa, se ha puesto mismamente como un soyo de apretá y de grande.

*Rebusco* era pesadísimo: todo lo decía con más palabras de las necesarias, y empleando en el discurso una parsimonia que abrumaba. Inútil es decir que Ventura no aguardó á que su padre terminase las palabras que dijo, para cumplimentar ella á las señoritas

con una sonrisa angelical y con unas palabras corteses que decían mucho de la buena crianza de la moza. Ventura habló con las señoritas, ofreciéndoseles como humilde criada; y mirando alternativamente á Moisés y á Adolfo, dióse cuenta, enseguida, de quién era el uno y el otro. Tenía ella grandes deseos de conocer al señorito cuyo retrato le había hecho su padre la noche anterior, cuando llegaron del pueblo. Recordaba que le había dicho, en voz muy baja, lo siguiente, con más ó menos palabras: «los nuevos amos son, como te voy á decir: la señora, una *rabisca* de muy mal genio; al fin como señora prencipal que tiene que darse á respetar de todos; porque las señoras prencipales son asina; espetadas y mirando con el rabillo ná más; la hija, más salada que una onza, y con unos ojos negros que apuntan, un genio alegre y vivaracho y muy gustosa de platicar con los gañanes y con los arrieros y con toda la gente de la labor: y el señorito, que es asina como tu primo Manuel, el de Vélez; na más que tu primo es un borrico de noria y este caballerito dicen que tiene á Salomón en la cabeza; y en su cuarto hay lo me-

nos dos millones de libros; y dicen que está medio alelado de tanto darle á la materia y de achucharse la cabeza pa que le salga el zumo. Tiene también los ojos asina, como espantaos, y el pelo largo, porque se conoce que él no está en eso de pelarse ni jinojo, sino en leer y aprenderse de memoria tó lo que hay que saber en el mundo. Pero tocante á buena familia, lo es á pedir de boca; y á nosotros nos dá lo mismo río que arroyo; y en cumpliendo yo como los ángeles, rueda la bola: que si tienen cosas raras ú no las tienen, lo que hay que jacer es dejallo.»

Ventura, por tanto, fijó la mirada en Moisés y le encontró altamente simpático. Vió en sus ojos un fulgor que le alumbró muy dentro; en sus labios una sonrisa que tiró de otra suya; y hasta la cabeza, de cuyos cabellos había hecho relativa mofa su padre, parecióle á Ventura digna corona de aquél busto varonil y arrogante.

Moisés comenzó á ponderar las bellezas, nuevas para él, que atesoraban las faenas agrícolas, de las cuales dijo que constituían una nota artística indiscutible; ante cuya declaración manifestó Carmen, toda sonriente: «¿ves,

hombre, ves como al fin y al cabo sentirás la égloga?...»

—¿Por qué nó?—repuso Moisés.—Si mi alma no fuera sensible al encanto de la belleza, donde quiera que ésta se manifestase, no pasaría yo de majadero y medio. Por eso digo que estoy, desde hace pocas horas, muy contento de lo que veo; y, sobre todo, de esta labor que he sorprendido en la era. *Hacían* verdaderamente admirables, como composición, esta joven guiando á los caballos y entonando la típica canción, de que ha hecho parodia ese bracero que ahora escuchamos; la cuadriga trotando bulliciosa sobre ese mar de trigo, y los otros trabajadores que empujan hácia el centro de la era la mies que se desordena y desparrama. Y, luego, como esta joven es tan linda...

Bajó los ojos Ventura, y *Rebusco* dijo:

—Su mercé le jace favol; pero ella es medianica, tal y como á la Providencia le ha pareció traella á éste pícaro mundo. Pero no es torpe la zagala; su tío, mi hermano el cura...

—Sí, el de Cutar—añadió Moisés.

—Eso; el de Cutar. ¿Osté sabrá dónde está Cutar?...

—Mucho que sí...

—Güeno: pos mi hombre (y perdone usted que hable de otra cosa) estaba por aquí dando *bandazos*; y un día se puso el manteo y la teja y dijo dice: «yo voy á ver á su ilustrísima y á decille que si no me dá un curato me voy á morir de pena; y allá fué; y su ilustrísima hizo por él lo que pudo, atento también á las güenas ardabas, que mi hermano tenía cojidas; y luego le dió el curato, y allí está mi hombre como las propias rosas, mu querío, mu regalao y jecho un rey... ¡con su corona y tó!...

Durante estas palabras se habían desviado del grupo doña Enriqueta, Carmen y Ventura, quedando solos al frente de *Rebusco*, Moisés y Adolfo. *Rebusco* sacó la mugrienta petaca, extrajo de ella un librito de papel de fumar, del que arrancó tres hojas: dió una á cada cual de los oyentes y se reservó la tercera, que cojió con los lábios, por uno de los ángulos del papel. Luego ofreció el mal picado y peor oliente tabaco á los señoritos; echóse él una buena cantidad de la picadura en la mano izquierda, guardó la petaca, y con la palma de la mano derecha, que restregaba en el tabaco deposita-

do en la otra palma, logró pulverizar un tanto aquellos detestables pedazos de planta nociva, expendidos sin compasión en los estancos. Y lió pausadamente el grueso cigarrillo; y valióse luego de una tirilla de fósforos de cartón, uno de los cuales, cortado de la ristra, frotó sobre una piedra hasta obtener una pequeña llama y luego un rescoldo humeante, donde encendieron todos el cigarro.

—Pues...—dijo *Rebusco*, después de dar dos ó tres chupetones al cigarro, no sin llenarlo de baba. —Pues sí, señoritos; mi hermano (que es á lo que yo iba) dice que mi zagala no es torpe: que á su vera ha aprendió á rezar la oración de las doce en latín y otras muchas cosas de güen paladar; yo me estoy mirando en ella; con que las alabanzas de mis amos, me regosta, caray; y así es como se toma ley á las personas; cuando vé uno que no miran malamente sus cosas. ¿Y á qué estamos?... Acá semos leales con los que mos mandan y yo deseo servir á ustedes por muchos años.

Moisés estaba ya harto y reharto de tanto y tan flemático hablar, y si no corta el párrafo *Rebusco*, le hubiese

dicho que se callara y que le dejara de jaquecas: pero no parecía sino que Moisés iba acomodándose poco á poco á aquel medio ambiente; y así, pues, lo que otras veces hubiera hecho, no lo hizo entonces.

Terminó aquella conversación; y en tanto Adolfo se dirijía en busca de su novia, Moisés se adelantaba hacia la era, pretendiendo no solo ver la trilla, sino emprender él mismo aquellas operaciones. Y mientras los fatigados cuadrúpedos describían curvas y más curvas sobre aquel zócalo circular, que parecía el vestigio, la base de un circo romano; y en tanto se escuchaba la voz lánguida del labriego que formulaba aquella media seguidilla tristona y enervante, el sol doraba la frente de Moisés, y la musa de Virgilio resucitaba en la memoria de nuestro personaje los magníficos versos de la segunda *Geórgica*, en que se exalta la supremacía de la vida del labriego. Solo deploraba Moisés que la interesante Ventura hubiese abandonado el trillo, traspasado á otras manos las riendas y descendido el sombrero que agraciaba su cabeza; pero no importaba: la imágen estaba esculpida en su pensamiento y

pugnaba por tomar forma en la poesía. Moisés sintió la égloga; y, apartándose estudiadamente de aquel lugar, tomó asiento bajo la copa de una frondosa morera; allí meditó un poco, y algunos minutos después sonrió: los versos quedaban combinados; no se trataba de una silva al estilo clásico, sino de un sencillo soneto, que él juzgaba en cierto modo incorrecto, pero bastante á expresar sus ideas.

Hé aquí la original composición de Moisés:

*«Niña gentil, cuya preciosa mano  
el rendaje empuñó de la cuadriga,  
afrentando sin sueño y sin fatiga  
las haciendas campestres del verano:  
darte al olvido pretendiera en vano  
pues obligas á amar ¡oh, dulce amiga!  
y por verte, hasta yérguese la espiga  
en la alfombra de mieses de tu llano.  
En tí refractan horizontes rojos  
calcando en tus mejillas su destello,  
y el verano halla en tí sus precursores:  
pues mira ardientes soles en tus ojos,  
haz de trigo en tu aurífero cabello,  
y amapola en tus labios tentadores.»*

## IV.

Al día siguiente, muy de mañana, dejó Moisés las frescas sábanas de hilo y encaminóse de nuevo á la era, donde soñaba encontrar á Ventura. Y no habia sucedido que el gracejo y el donaire de la campesina le enamorasen, pero sí que le hicieran pensar en el idilio pastoril. «¡Oh! esa zagala—había pensado—desacostumbrada á escuchar palabras de amor bien dichas, llegaría á amar de veras á quien supiese herir las fibras de su corazón en estos parajes donde todo parece convidar á los placeres voluptuosos.» Pero esto no lo había dicho Moisés con el ahinco de quien quisiera hacer una prueba; porque Moisés no sabía ni lo que pensaba ni lo que decía: era un *vencido*, que tenía una herida hondísima que cicatrizar, y, para lograrlo, recurría á todos los medios imaginables. «Si esa mujer me oyese, si despertara mi atención al cabo y cortara con su amor estas ligaduras que me atan á la roca.....» Esto ya

no lo pensaba Moisés: lo decía, lo hablaba, como si tuviese auditorio por delante. En fin: ello fué que el poeta se lanzó al campo, cuando aún la mañana se regocijaba en sus primeros albores.

No encontró Moisés á Ventura en la era, pero la vió á la puerta de la casa de labor que, como ya dije, alzabase contigua al edificio en que moraban los amos. Parecióle al vate, que la hija de *Rebusco* mostrábase toda confusa y ruborosa al pasar él por delante de ella y al saludarla con los acostumbrados «buenos días». Hubiérase parado, de muy buena gana, Moisés, ante la hermosa labriega, y hasta le hubiese recitado el soneto en que la ponía de oro y perlas; pero tuvo el buen acuerdo de tragarse las ganas, comprendiendo que de lo sublime á lo ridículo media una distancia sumamente corta. Tomó, pues, el que creyó mejor partido: continuó la marcha hacia la era, donde á aquellas horas primeras del día trotaba ya la cuadriga sobre la parva, cantaba el bracero que sujetaba el ímpetu de las bestias, y amontonaban las doradas gavillas sobre el empedrado circular, los demás gañanes y mozos de labor. Pero ¡oh contratiempo inesperado,

aunque temido! allí estaba también *Rebusco*, el flemático y cachazudo capatáz, inspeccionando el trabajo y deseando ocasión para cumplimentar á los señores dueños de la finca. Y es claro que, en cuanto *Rebusco* descubrió á Moisés, se le adelantó sonriente y le dijo:

—Dios le dé buenos días á su mercé. Ya esto no es madrugar como el pellejero, sino propiamente como persona de labor. En cuantico que pase un mes se vasté á poner aquí más gordo que un tonto, y á echar más colores que una *aerfa*. Asíéntese usté en esta piedra, señorito; que este es el sillón de nuestra sala y la tierra nuestra alfombra; y si quiere usté subirse en el trillo con *Chinche* ó con Manolo, que le enseñarán á llevar el tronco, pa luego es tarde.

De estas y como estas ensartó *Rebusco* yo nõ sé cuántas palabras: ello fué que Moisés comenzó á perder los estribos, y si no hubiese sido por la esperanza de ver á Ventura, se apartára de aquel sitio, que tanto le atraía. No pudo sin embargo librarse Moisés de que *Rebusco* le suministrase algunos datos biográficos acerca de Ventura:

parecía que el taimado vejete había conocido la corriente de simpatía que se estableciera entre los dos jóvenes; pues á poco de llegar Moisés empezó *Rebusco* á mirar hacia el camino que conducía á la casa de labor, diciendo también estas palabras:

—Milagro que Venturilla no está ya encima de la parva. No tardará mucho; porque ella no se jalla sin trilla ni yo sin vella dando güertas. ¿Apuesto un duro contra una *jaba* á que se ha quedado rematando los cartuchos? Porque mire usté, don Moisés: ¡yo tiro cuatro tirillos á las perdicillas y á algunos conejillos pa el avío de la casa; pero ende que Ventura ha estao fuera no se ha calentao el cañón de mi escopeta ni una vez tan siquiera; porque á mí no me hace naide más que Ventura los cartuchos que ahora les dicen *cársula*; ella *míe* la pólvora, ella mete las postas ó los perdigones, ella los ataca; y tó lo jace mejor que un maestro armero; y un día vasté á proballo. Y en diciendo que ella diga «este cartucho está de recibo,» no hay más que echarse la escopeta á la cara y darle gusto al deo.

Llegó, por fin, Ventura; y como se dirijiera á la era, contoneando más que

nunca el gallardo cuerpo y poniendo en los labios la más sugestiva de sus sonrisas, *Rebusco* la llamó diciéndole que era una falta de crianza meterse en la parva sin decir «oste ni moste» al señorito. Disculpóse la interpelada, con relativo ingenio, y Moisés aprovechó la ocasión para charlar con ella. Y entonces ¡oh desilusión de la realidad, mil veces más mortificante para un artista que para un ser que viva y se manifieste sin tales refinamientos de espíritu! Ventura era bella, esbelta, adorable, vista sobre la cuadriga, idealizada por el ambiente pastoril y realzada por la extraña cadencia del cantar moruno; pero vista de cerca, tratada, oída su conversación, parecía una labradora záfia, ni más ni menos que las otras labradoras, aunque más hermosa é interesante que ellas. ¡Cuánto contrarió á Moisés este desencanto! Él esperaba encontrar en Ventura un ser excepcional, dentro de la rusticidad de aquél ambiente; él *necesitaba* que aquella mujer hablase al alma tanto como hablaba á los sentidos: pretendía acercarse á ella, cambiar con las suyas sus palabras y sus miradas; rendirla á su albedrío, con el propósito de sanar, por este me-

dio, otra herida oculta que le había llevado muchas veces á resolver sobre el fin de su vida.

Pero con una ojeada comprendió entonces Moisés que en Ventura no estribaba su salvación; que Ventura no era susceptible de inspirarle ilusiones, las ilusiones que él necesitaba como huracán que apagase la secreta intensa llama encendida dentro de su corazón, y ahogada, inútilmente, por el esfuerzo de la voluntad.

Y mientras continuaba Moisés su diálogo con Ventura y ápercibíase del rubor que acompañaba á las palabras de la campesina, y de la complacencia con que *Rebusco* se apartaba de aquella conversación, doña Enriqueta y Carmen, erijidas en *congregantes del índice*, exploraban nuevamente la biblioteca y el pupitre de Moisés. No bien llegaron la madre y la hija al cuarto del poeta, encontraron sobre la mesa de escribir el flamante soneto en que Moisés había descrito á Ventura en actitud de dirigir á la cuadrija. Carmen, que tenía mejor vista y que daba á los versos muy adecuada entonación, alzó en alto la cuartilla y recitó aquellos renglones, con el énfasis pro-

pio de esta clase de lecturas. Oyó atenta doña Enriqueta la breve poesía, y dijo, poniéndose roja y aguantando mal la indignación:

—Sí, será muy bonita, como tú dices, «muy bien traída,» como decimos los que no sabemos hablar otra cosa acerca de los versos que leemos ó que nos leen; pero esto demuestra que tu hermano es incapáz de corregirse; que se ha propuesto *matarme* y que busca siempre lo que más daño y peligro le ofrece.

—¡No entiendo, mamá!...

—¿Pues no ves, imbécil, que en esa poesía se dibuja una inclinación que pudiera ser funesta para todos? Dados la exaltación y la vehemencia de Moisés, su *poco mundo* y su impresionabilidad, ¿no comprendes que está á dos dedos de apasionarse de la capataza, que Dios confunda?...

—Yo no creo eso, madre mía.

—¡No crees eso!...—añadió doña Enriqueta con tono reconcentrado.—No crees eso, por tu falta de experiencia y por que ignoras ciertos antecedentes. Tu hermano sorprendióse ayer, con su pícara mirada de artista, del espectáculo que presentaba Ventura en la

era. Verdad que la paleta de mis culpas aparecía muy gallarda...

—¡Oh, estaba preciosa!

—Sí; pero no hasta el punto de que á las musas se les volviera el juicio. Tu hermano lo vé todo de una manera distinta á como vemos los demás las cosas. Padece la monomanía de la belleza; á lo mejor se queda atónito delante de un detalle que no vale ni el trabajo de repararlo. ¡Maldita poesía!...

—Bien, pero no creo yo, madre, que Moisés llegue á sentir amor por todo lo que halague á su instinto artístico. Esa muchacha...

—Esa tunanta—exclamó perdiendo los estribos doña Enriqueta—es tan *larga* como su padre. Además, yo he oído decir que en ese pueblo, donde ha estado algún tiempo, traía dislocados á los muchachos de suposición; y á estas horas no solo ha sabido fijar la atención de Moisés, sino que le ha hecho levantarse temprano y acudir en su busca.

—¡Mamá!

—Sí, sí y sí. Esto es preciso cortarlo á tiempo; pues si Moisés se intriga por ella y *Rebusco* y la hija le arman una celada, yo pego fuego al lagar y despi-

do á todo el mundo y luego me ahorco.

—¡Por Dios, mamá, no te exaltes!...

—¡Habrá estúpido!... Cantarle á una campesina desvergonzada y burda.... ¿Qué te parece nuestro don Quijote?...

—¡Verdad, madre!—interrumpió Carmen, recordando en aquel momento el punto literario á que su madre trataba de referirse.—Verdad: otra Dulcinea. Pero estos tiempos son distintos.

—Sí, hija, pero los idealistas son hijos de todos los tiempos. Por supuesto: si Moisés cometiera la *melonada* de enamorarse de Ventura, lo estrangulaba.

Algunas palabras más cambiaron la madre y la hija, comentando la nueva inclinación de Moisés; pero de seguida procedieron á registrar los cajones de la mesa de escritorio, de uno de los cuales sacó doña Enriqueta las tres cartas que Moisés había escrito para que explicaran su premeditado suicidio. La indignación, el terror, la angustia se manifestaron de modo ostensible en aquellas madre é hija, que jamás pudieron preveer la fúnebre sorpresa que les aguardaba. ¡Oh, Dios santo; oh, Virgen Santísima de los Dolores!... Aquella *estafeta de la muerte*,

ponía espanto en el corazón de doña Enriqueta y de Carmen, cuya sangre parecía próxima á conjelarse en las venas. Densa palidéz cubría los rostros asombrados de las lectoras de aquel correo. Nervioso temblor agitaba los miembros de doña Enriqueta, quien, calando los quevedos, que no lograba sujetar á causa del sudor sobre que resbalaban, leía, mejor dicho, devoraba aquella misiva que su hijo escribiera para ella, acumulando los cargos y esbozando los reproches. Carmen también leía, con afán y maneras febriles, aquel otro escrito que Moisés dedicaba á la autoridad judicial: y la impresión que recibían la madre y la hija, ante aquellas palabras, no explicables de un todo, desconcertábalas poco á poco y las sumía en el pánico.

Terminada la lectura, cayó doña Enriqueta, más bien desvanecida que sentada, sobre uno de los amplios sillones de mimbres. Carmen dió rienda suelta á las lágrimas, y su madre, mirando extraviadamente á diestra y siniestra, hubo de repetir la frase consabida:

—¡Se ha propuesto quitarme la vida!  
¡Se ha propuesto!...



Reputesta, á poco, doña Enriqueta, de su primera impresión, comenzó á recobrar gradualmente su energía, según se expresa en las siguientes palabras, transcritas de sus labios:

—No suponía yo tal desequilibrio; porque yo creía que á mi hijo le aquejaba una enfermedad de gloria, curable con el reposo y con las dulzuras de la vida doméstica. Ni me convencen las razones que aduce en esas cartas, que me infunden terror pánico: debajo de esos argumentos hay otras ideas, que no se transparentan. Tú, que sabes leer entre líneas, ¿no comprendes que de esos renglones malditos brota la sospecha de que Moisés piensa en matarse, no por la privación de otro ambiente, sino por otra causa determinante, que puede ser muy bien lo que llaman los románticos «el cansancio de la vida?» ¡Ah! Pero hemos llegado á tiempo: ese estúpido, ese *niño del día*, ese descreído, trataba de atentar brutalmente contra sí mismo, culpándome á mí de su desgracia. ¡Como si al apartarle del mar revuelto de los vicios cortesanos no hiciese yo una obra de madre amante y previsor! ¡Oh, injusticial... ¡Por supuesto: quien niega á Dios, más facil-

mente negará las bondades de una madre como la que Moisés tiene! ¡Yo le ajustaré las cuentas, yo le pediré una explicación de su conducta! ¡Habrá infame!...

Carmen, reprimiendo el llanto, y por hacer alguna defensa de Moisés, dijo:

—Ten calma, madre mía: Moisés no es ni más ni menos que un enfermo: ya sabes lo que tiene dicho el doctor. Cuando padece el cerebro, no deben juzgarse con severidad tanta los actos que son sintomáticos de aquella enfermedad.

—Ni seas tú tan boba;—repuso doña Enriqueta.—Tu hermano está loco para algunas cosas, pero no para otras. Tu hermano es un perdido. ¡Qué sería de él si yo no le hubiese metido en colegios!

—¡Madre!...

—Ya ves tú cuán perjudicialmente ha aprovechado los meses de asueto que le dí, desde su licenciatura hasta hoy: es un temperamento, el suyo, dispuesto á lo malo; y en cuanto cae en él el polen de los infiernos, fecunda y prevalece. ¡Pero esto de pretender matarse por el solo motivo de impedirle yo un proyecto descabellado!... ¡Bah!

¡Aquí hay otra cosa, que yo he de descubrir!

—Efectivamente, mamá: —añadió Carmen.—Ayer prometí á Moisés que interpondría con usted toda mi influencia para que le dejara hacer ese viaje *al gran centro*, como él dice; y me respondió, mirándome con ojos de loco y sonriendo con amargura: «no te metas en eso ¿sabes? no te metas en eso; la medicina no está ahí, está en otra cosa: muy cerca está, pero está muy lejos.» Me dió miedo su expresión y me infundieron tristeza sus palabras; porque el pretendido simbolismo que parecen encerrar no es tal simbolismo: es desequilibrio, locura, ni más ni menos. ¡Mire usted que eso de *estar muy lejos lo que está muy cerca!*

—Alguna clave tiene ese enigma, no lo dudes; ahora bien: que la solución será tan estúpida como la charada. Pero, sea como sea y lo que sea, aquí lo indudable es que hay que ponerse en pié de guerra, que hay que vigilar, antes que me vea obligada á torcer el brazo y á mandar á Moisés á la corte, donde acaso se acabara de extraviar.

—¡Ay, madre mía!: sí, sí: ese es el medio. Mandémosle á la villa coronada;

que ya se hartará de ella en cuanto no padezca la privación de estar metido de hoz y de coz en aquel círculo tan lleno de atracción para los desdichados provincianos. Eso es: se le manda allí..., y puede que á poco solicite el regreso. ¡Además, se le quitará de aquí y desaparecerá el peligro de que Ventura le enrede!

—No; todavía no; á la corte no: Agotemos antes otros medios, aunque no sé cuáles. ¡Me costaría un trabajo grandísimo ceder, y más que ceder, empujar á mi hijo hacia Madrid! Tú sabes que yo conozco de sobra á aquella sociedad tan heterogénea como peligrosa: allí transcurrió mi juventud, allí naciste...

—Es verdad.

—¡Madrid, Madrid!...—exclamó doña Enriqueta, moviendo la cabeza reflexivamente.

En esto sintieron las interlocutoras pasos en la escalera y, con viveza extraordinaria, decomisaron las cartas de Moisés, y el *revolver*, que se escondía en el fondo de un cajón. Luego se dirigieron, madre é hija, á la puerta de la habitación, intentando el disimulo, á tiempo que llegaba Moisés, todo sudo-

roso y revelando más que enervación, hastío.

—¡Hola!—dijo Moisés. Y se paró delante de su madre, miró alternativamente á ésta y á Carmencita, y, revelando alguna contrariedad, añadió:—¿hay registro?... bien; haced lo que os dé la gana: yo no quiero más que recobrar el sueño perdido; estoy cansado.

Diciendo de esta suerte, penetró Moisés en la estancia, arrojó el sombrero de alas anchas sobre una silla, quitóse la cazadora, y se acostó en el lecho. Doña Enriqueta miró á su hijo de manera que parecía expresar coraje y dolor; y era que el carácter irascible de los Granda y la ternura típica del corazón materno, combatían en aquellos instantes. Enseguida marchóse doña Enriqueta, y Carmen siguió á su hermano.

—¿Qué te pasa, pobrecito?... ¿Estás enfermo?... ¿Has cojido sol?... ¡Apuesto á que has estado en la era cociéndote como una patata! Bien es verdad que, á estas horas, el sol no daña tanto como á las doce, pero cuando se junta á los rayos de Apolo, como llamais al sol los poetas, el fuego de unos ojos pica-rones!... ¿Eh?...

Carmen decía todas estas lindezas, inclinada sobre su hermano, que habíase tendido á lo largo en su lecho, y cerrado los ojos, cuyos párpados abrió cuando su hermana, aparentando una jovialidad que no sentía, empezó á referirse á Ventura.

—¡Mira, mira como te has despabilado, Moisito!... ¡Y cómo te sonríes!... ¡Pues no, ea; no quiero yo que tú hables con esa campesina coquetuela; porque un señorito que es Pérez de la Granda, nada menos, y que es letrado y que tiene un talento que se desborda, no debe, ni por asomo, mirar más de lo justo á una muchacha de campo que, aun siendo bonita, no merece partido semejante. ¿Entiendes?... ¡Y no sonrías más, bobalicón: porque la cosa es seria; pues á mamá la contraría mucho eso ¿sabes?... sí, sí, no abras tanto los ojos: la contraría, la pone fuera de sí, eso es. Porque la tal Venturita es una alhaja, y parece que tiene una red muy menudita, con la cual caza todo lo que cae.

—¡Qué atrocidad!...—murmuró Moisés.—¿Con que *también eso* le contraría á mamá?... ¡Pues, señor; estoy divertido!

—No, si no es solo á mamá á quien

le apesta esa aventura: es á mí, á mí que no quiero verte tan mal empleado.

—Pero, mujer: si yo no he hablado con Ventura más de dos veces.....

—Pero no negarás que te ha sorbido el seso. ¿Por qué, si nó, le escribes tú sonetos idealizándola de modo que nadie conoce que es ella?...

—¡Ah!...

—Sí: «¡ah!» Menos mal si con esa Dulcinea que ahora te sale al paso dejas de pensar en cosas tristes... ¡Porque, mira que lo que tú te propones... ¡Vamos!... lo que tú te propones, ofende á Dios y á todos los santos del cielo.

Y, al decir estas palabras, no pudo ya contener Carmencita su interior pena y se desbordaron en lágrimas sus ojos. Comprendiólo todo Moisés: había dejado imprudentemente sus cartas póstumas al alcance de la policía casera, y era indudable que, por su lectura, habían sorprendido, Carmen y su mamá, el propósito que tenía de arrebatarse la vida. Y como el llanto de Carmen se hiciese más intenso, Moisés incorporóse, halagó á su hermana, procuró consolarla, y, suspirante y trémulo, besó su frente balbuceando promesas tranquilizadoras.

## V.

«Na, hija mía; el ratón huye del gato, pero el gato sabe por qué boquetes se cuele y por qué desvanes anda de paseo. Tú te figuras que yo estoy hecho un carámbano y que tengo legañas que me quiten la vista: pues nó; lo que yo tengo es más ojo que un águila, y asina que se me pone delante una aceituna veo tó un olivo. Hace cinco días que llegaste de Cútar; los mismos cinco días que has perdido la color y las ganas de embaular, como enantes lo hacías, mujer. Ya tú ves: son las cuatro de la madrugada y estás mismamente como si fueran las doce del día. Muncho madrugabas tú antaño, pero hogaño me se figura que te desvelas antes de la regla, por que..... por que no puedes pegar un ojo en toa la noche y lo quieres disimular con el aquél de levantarte temprano. Pues mira tú, Venturica, á mí no me andes con melindres ni con juegos de manos: lo que tú tienes es una pica-

zón que te ha entrao con el señorito, y por eso no duermes como las personas, sino como las liebres. Y ná me se diera á mí de que te enamoraras, si yo viera que el señorito Moisés era persona que á tí te correspondía; pero en eso no hay que pensar, porque es echar agua en una criba de garbanzos. Toa la noche te he estado oyendo resoplar suspiros, mismamente como si tuvieras atorao el fuelle del aliento; y como esto ya pasa de lo regular, porque veo que te vas á poner ética, si sigues con esa chilindrina que se te ha metío, te voy á decir dos cosas ná más, para que tú las rumies y las aprendas bien: que en tocante á lo que tú debas de hacer, ya se yo que tienes la meollada en su caja y la razón en su estuche, y sabrás qué terreno debes de seguir y qué atajo aprovechar para llegar al sitio que llaman «el cuarto de la salud.» Esas dos cosas son estas: la primera, «que en tu familia no ha dao traspiés ninguna jembra;» la segunda, «que ningún señorito se casa con una campusina.» Ahora tú, baraja dambas cosas y quítale el polvo á ese talento que Dios te dió, y que ahora parece que lo tienes arrinconao, y haz tú lo que te salga del alma, como mu-

jer que eres..... ¿Pero qué es eso, zagala; vas á vestirme ya?..... Aguarda un poco y reposa en el catre, á ver si te desquitas de lo que no duermes. Una cosa es que yo me vaya pa la era, á ver si la gente viene como Dios manda, y otra que tú descanses un ratico..... ¿Pero qué es eso?..... O er velón me engaña ó tú tienes lágrimas y ojeras, condená. Esto va á ser un tiro que me peguen. A mí me gustaba ver al señorito platicando contigo en la era y en el llano; pero si yo hubiera sabido que tú le ibas á tomar ley en tan poco tiempo, te juro que te empaquetø en las jamugas otra vez. ¡Mal demonio me lleve!... Reflexiona tú, cacho de niña, reflexiona tú y verás como tú mesma te dices que estás echándote la *zancajilla* por tu gusto. El señorito Moisés está medio loco; su madre es una señorona de mal genio, con más orgullo que el arzobispo de *Constantinopla*. Y en tocante á que haga su mercé la vista gorda, no hay que esperarlo ni un cuarto de hora. Ya me ha dao en la nariz que doña Enriqueta vá á echar á volar el pájaro; y si no mienten las señas, este día ú el otro se larga don Moisitito de aquí pa otra parte..... ¡y de verano!.....»

—¿Que se vá?... ¿Cuándo, cómo?...  
¿Quién ha dicho?....

—Naide ha dicho que tenga jecho el baúl; lo que yo digo, mismamente como si lo tuviera delante de las pestañas, es que aquí ponen tierra por medio er día que menos se aguarde. ¡Y si nó, al tiempo, que es el padre de la verdá!

Después de este diálogo, Ventura dejóse caer nuevamente en el lecho, sobre el cual se incorporara con ánimo de vestirse. *Rebusco*, que era el que hablaba con Ventura, apagó la luz titilante del velón, y salió de la humilde estancia cachazudamente, no sin bostezar ni sin desperezarse mientras salía. Quedó la habitación sumida en una semioscuridad que, poco á poco, iba tornándose en matutinal claror, nuncio de las sonrisas de la mañana; y mientras el día se desperezaba, algo más artísticamente que *Rebusco*, seguía Ventura entregada al insomnio é hilando en la gran rueca de su cerebro la inmensa madeja del amor y de las desconfianzas. Ventura misma no comprendía cómo tan de repente se le había metido en el corazón el señorito Moisés. Ella, acostumbrada al trato de hombres en Cútar, en la capital de la

provincia y en el campo, no había sentido como no fuese un deseo de atraer á todos los varones con el solo propósito de negarles, luego, el amor que, con los ojos y con las sonrisas, finjía prometerles: era coqueta, mejor dicho, lo fué, sin que hubiese tenido escuela donde aprender su donoso coquetismo; pero al pretender rendir, como era en ella de costumbre, al señorito Moisés, de quien tanto le hablara su padre, habíale salido la criada respondona; resultando que la rendida y entregada á discreción había sido ella. Verdad que don Moisés tuvo no chica parte en este rápido prendimiento, puesto que no solo había galanteado á Ventura, sino que le hubo de componer unos versos muy bonitos, que ella no sabía entonar, pero que él, cuando los recitaba, parecía cantarlos, según la inflexión que su voz adoptaba y la sonoridad que adquirían las palabras en sus labios. Además, el señorito, que no parecía gustar de otras ocupaciones, íbase á la era á conversar con Ventura, esperábala en el malacate, cuando ella bajaba allí por necesidad ó por recreo; emboscábase por las revueltas del arroyo, para presentarse de repen-

te ante ella é invitarla á sentarse en una de las accidentadas márgenes, con provecho de la soledad y de la frescura de aquel admirable sitio; y cuando ya tenía á Ventura muy cerca de sus manos y de su voz, decíale palabras que sabían á miel hiblea y le rodeaba la cintura amorosamente, no obstante la débil resistencia opuesta por la gentil campesina.



Luego que las claridades de la auro-  
ra se fueron asomando á la humilde  
habitación de Ventura, como ganosas  
de copiar el áureo resplandor de aque-  
llos cabellos y el fulgor de los ojos de  
la joven enamorada, abandonó ésta su  
lecho, con maneras que revelaban una  
enervación no sentida en otras fechas.  
Ventura, que en todo tiempo dejara  
las sábanas con el súbito impulso que  
le prestaba su ardiente sangre y su  
energía juvenil, descendía de aquel  
camastro perezosamente, como si las  
fuerzas físicas hubiesen mermado al  
fuego de un estado febril. Puestas al  
descubierto las morbideces de aquel  
cuerpo virginal, hubiese podido obser-

vase la perfecta armonía que entre su blancura y la del ropaje interior de la gentil mozuela se establecía: sentada al borde de aquel lecho pobre, pero limpio; destacando el exuberante pecho bajo el escote de la blanca y modesta camisa de hilo, por cuyas breves mangas brotaban los torneados brazos; aquellos brazos que, arrancados por arte sobrenatural de aquel cuerpo, hubiesen podido servir á maravilla para completar la manca escultura de la Venus de Milo, aparecía más interesante, más atrayente que en la era, donde guiaba á la cuadriga y donde despertaba el númen del poeta. Y el poeta, si en este momento la viera, cantara, sin duda, un himno admirable al desnudo; pero como no le era dado posar la indiscreta mirada en el camarín de aquella belleza, tenía que limitarse, como se limitó, á penetrar por el tejido de sus ropas con los ojos de la fantasía, adivinando las morbideces que no podía realmente admirar con los ojos de la cara.

Con un esfuercito de la voluntad, sacudió Ventura aquella enervación, que más parecía pereza, y cubrió rápidamente sus piés con las medias blan-

cas como el ampo de la nieve. Estas medias no las sujetó, con los encarnados cenojiles, por debajo de la rodilla, como es uso en el campo, sino que las oprimió sobre el arranque del muslo; con lo cual demostraba la hija de *Rebusco* que le eran conocidos los usos de la capital. A poco completó su vestimenta con una saya de batista, y luego chapuzó los brazos y el rostro en una jofaina, secándolos de seguida y dedicándose, *in continenti*, á desenmarañar el abundoso cabello dorado, que adquirió la forma característica del tocado campestre, ó sea la división de los bandós ó cortinillas por medio de una raya abierta desde la parte más eminente de la cabeza, hasta la frente. Los extremos de estos pabellones auríferos, que ondeaban sobre las sienes y sobre las brevísimas orejas, uniólos Ventura por encima de la nuca; y con el ramal que formó, hizo un rodete bajo, ligero, flojo, artístico, el cual aseguró con listeza, atravesándole una horquilla de no pequeñas dimensiones.

Salió al campo, y comenzó á recibir las caricias de *Nerón*, el perro de la casa. Dirigióse prestamente al corral y

dió á las gallinas su acostumbrado almuerzo de grano, que llevaba depositado en el delantal, de donde con mano pródiga repartiálo á las aves que le rodeaban bullendo y piando. Después se encaminó á la era, luego al llano, después á la vertiente del arroyo, por su parte más abrupta y pendiente: bajaba por aquellas peñas con la ligereza de un cabritillo, saltando, jugueteando con el peligro. Tomó respiro en el malacate, donde el rucio vendado daba vueltas sin cesar, arrasando la palanca de aquel oxidado artefacto. Sentada sobre uno de los postes de canto, que la mano previsora del alarife colocara para el reposo del gañán encargado de castigar al burro, permaneció abstraída un buen rato y con la imaginación muy distante de lo que veía. Tenía dos ideas metidas en la imaginación, mezclándose ambas, barajándose sin interrupción: estas ideas, inculcadas por la voz paternal de *Rebusco*, parecían llamar al orden, sin tregua, á la enamorada Venturica, que no podía lanzar de su corazón al hombre que se entrara en él tan de súbito. «En tu familia no ha dao *traspiés* ninguna hembra.» «Ningún señorito se

casa con una campesina.» Estas eran las palabras, pronunciadas por *Rebusco* (y subrayadas al pronunciarlas), que repetía como un fonógrafo la memoria de la hermosa labriega.

—¿Qué tiés, mosuelá, que parece que te lo deben y no te lo pagan...?—preguntó á Ventura el zagal que cuidaba del rucio.

Esta pregunta, despertando de su abstracción á Ventura, dió á conocer á ésta lo visible de su preocupación; por lo que respondió malhumorada:

—¿Qué he tener sino sueño, animal de bellotas...?

Levantóse enseguida y se encaminó hacia abajo, por la cuenca misma del arroyo, en una de cuyas revueltas se sentó, oyendo el murmullo del agua que á sus piés refrescaba las peñas, y escuchando el dulcísimo cantar de los jilgueros que acudían á los torbiscos y á los espinares próximos. Convidaba aquel apartado lugar, lleno de aromas, de brisas y de conciertos de pájaros, al reposo y la molicie. Las piedras tajadas formaban allí una rinconada y un banco; y sobre el terreno que descendía, á manera de rampa, hacia el lecho

sobre que marchaba el agua murmurante, elevábase una espesa y florida rama de adelfas. Ventura se sentó en el rincón y apoyó la cabeza en uno de los peñascos que formaban el muro ciclópeo; cerró los ojos, y pareció sugestionada por la primitiva belleza de aquel poético paraje; pero, en realidad, no cayó sino en meditación de las dos ideas que su padre le esculpiera en el pensamiento y que ella, en vano, trataba de desechar y de olvidar: «ninguna en la familia...» «los señoritos no se casan...»



Sintióse un rumor como de pasos, denunciados por la arena que cubría escasamente el declive de la margen. Abrió los ojos soñolientos Venturica..., y...

Y vió delante de ella, muy erguido y galán, con el sombrero de alas anchas que le cubría el abundoso cabello, con mirada sugestiva que parecía retar á singular combate de amor, al propio Moisés, al poeta, al soñador, al joven de caracter indomable y de cerebro enfermo. Vióle Ventura y dudó, en un

principio, si aquella figura sería real y tangible, ó una imagen que su meditación hubiérale grabado en las retinas. Pero bien pronto se convenció de que era el Moisés real y efectivo el que estaba delante de ella y el que se le aproximaba y sentábase muy cerca, con mengua de la honestidad, pero con beneficio del deseo.

—¡Ventural!...

—Señorito!...

—«¡Señorito!...» Siempre igual: ¡señorito!... Llámame de otro modo: dime á secas, Moisés ¿lo entiendes?... Moisés. Ya sé yo que esto te cuesta trabajo; que no logras vencer ese pueril respeto que dices te inspiro: mas yo quiero que lo venzas, que lo desarmes: la voluntad lo puede todo; á veces logra imponerse al poder de los más arraigados afectos, á la balumba de las pasiones más imperiosas. No veas en mí al señorito, al hijo de tu ama, al dueño de esta heredad, como yo no veo en tí á la muchacha humilde, á la hija de *Rebusco*; yo seré tu amigo, más que tu amigo, tu amante; y digo que seré tu amante, por que espero *lograr que me intereses el alma*. ¡Si vieras tú cómo necesito yo de este amor!... ¡Si supieras

hasta qué extremo se inclina á tí mi voluntad, buscando el efecto de que el corazón también se incline á tí!... Porque yo *quiero*, porque yo *deseo* que tú me mires con los ojos llenos de amor; que me hables con palabras pletóricas de ternura y de promesas de fidelidad. Porque *es fuerza* que tú ardas en cariño y que me comuniques el fuego hasta calcinar mi alma y reducir mi corazón á pavesa. ¿Entiendes?...

Todas estas locuras íbalas oyendo Ventura con relativa exaltación; se le alcanzaba que, en aquel breve discurso, había no poco de extraño; pero ello no obstante, miraba á Moisés y prendábase de él más á cada instante, sin que le fuera dado traducir al lenguaje humano sus sensaciones, ya por miedo instintivo de que la pobreza de su estilo quedara muy porbajo de la que Moisés empleaba, ya porque lo extraordinario de la situación le echase nudos en la lengua. Además, no era bastante el trastorno que sentía Ventura ante la presencia de Moisés, para hacerle olvidar los conceptos que de *Rebusco* aprendiera: «los señoritos no se casan con las campesinas;» «en tu familia, no ha faltado al honor ninguna

mujer.» Estas dos ideas, germinando en su cerebro, daban á Venturica materia para la réplica; y no queriendo ser menos que Moisés, dijo así la rendida muchacha: «Mire usted, señorito, ó amiguito mío (si le gusta más este lenguaje): en primer lugar, extrañará usted que yo haya bajado hoy al arroyo, después de haber dicho ayer que por aquí no me vería más el bulto. Bueno, pues yo he venido, porque no sé qué extraña fuerza me ha arrastrado hacia este lugar. Pretendí quedarme en el malacate, y de allí no hubiera pasado, á no tener necesidad de hablar con usted por vez última. Sí, señor, por última vez. Yo no puedo ser de usted (y á esto iba) por dos razones: la primera, porque no correspondiendo ni nuestra educación ni nuestra fortuna, mal puedo aspirar á ser su esposa. Sí, señor; no haga usted gestos ni aspavientos, que la cosa es clara: «ningún señorito se casa con una campesina.»

—Calla, tonta, hay ejemplos...

—Sí: en las concejas y en los teatros. La otra razón de que yo no pueda ser suya, es la más grave y del caso. Oigala usted y entérese, señorito..., ó amiguito del alma. Podría yo *ser suya*, si yo pu-

diera *darme* á usted ó si usted pudiese *tomarme* (que en estas cosas del honor, unas veces rinde la mujer la plaza, y otras es el hombre quien la toma por asalto); pero yo no habría de *darme*, porque aprecio mi honra en más que un tesoro, y porque «en mi familia no ha dado *traspies* ninguna hembra;» y usted habría de levantar el asedio,—siendo como es un caballero decente,—cuando viera que no era cristiano apretar las clavijas. Ahora: tocante á lo que sienta yo por usted, quédese guardado en el rinconcito más hondo del alma; Dios y yo lo sabemos, y usted no tiene para qué enterarse.

—Así, así;—exclamó desconcertadamente Moisés.—Háblame así; hay algo de artístico en ese recato: continúa por ahí, y acaso te entregue yo mi alma. ¡Ah!... ¡Y si yo te la entregara, nada me importaban á mí ni diferencia de posición, ni obstáculos de clase ninguna! Créelo: yo soy esclavo de mi voluntad; y si ya no he marchado de aquí, si ya no he partido á esas lejanías que tal vez curaran *lo que yo siento muy hondo*, es porque no quiero, no porque no puedo. Pero háblame tú así, así; como me has hablado: negándome lo que, en

fuerza de privación, podría yo llegar á apetecer; diciéndome que tú no puedes ser mía, que no lo serás nunca; pero dejándome entrever la idea de que no te soy ajeno. Así, así..., continúa, habla...

—¿Y qué más voy á decirle, señorito?... Creo haberlo dicho todo.

—Bien; pero dime que no te veré más, que no te veré más, que te negarás siempre á corresponderme, que no serás mía. De ese modo llegaré á ansiar que te pongas ante mi vista y que me entregues tu alma. ¿Por qué crees tú que he bajado hoy temprano al arroyo?... Porque ayer me dijiste que no te vería más por aquí. Y yo pensé: «acaso vuelva hoy; y si vuelve..., ¡oh! si vuelve, creeré que una fuerza superior la ha arrastrado hasta aquel sitio.»

Turbóse Ventura, y aun no repuesta dijo:

—No, no; yo he venido porque... porque deseaba notar (quería decir *puntualizar*) las cosas de una vez; porque es preciso convencerle de que no nos ha puesto la suerte en el mismo camino.

—No, Ventura, no;—exclamó nuestro poeta acercándose más á la emo-

cionada joven, rodeando su cintura, estrechando una de sus manos.—No, Ventura: tú has venido aquí hoy, ganosa de encontrarte conmigo, buscando, quizás de una manera inconsciente, una palabra de amor, una prueba de correspondencia. ¿A qué bajar los ojos?... La verdad no debe dejarse presumir, sino declararse abierta y repetidamente: los sentimientos, cuando son legítimos, deben ser proclamados en todo momento; solo cuando son hijos de la bastardía y de la flaqueza, ha de reprimirlos y encerrarlos la voluntad en una apariencia impenetrable.

Llegaba á este punto la conversación, cuando se aproximó á ellos el mocetón que cuidaba del malacate. Sorprendiéronse, un tanto, Ventura y Moisés; pero disculparon no poco el atrevimiento del zagal, cuando éste dijo, con relativo azoramiento:

—Vengo á decir, con licencia del señorito, que el tío *Rebusco* baja ahora mismo por la *peña de la zorra*. Yo no sé si he jecho bien ú mal; pero por un si acaso... ya lo sabeis. Y que Dios *sus* guarde.

Dicho esto, giró sobre sus talones el mozalbeta, y se dirigió al sitio donde

desempeñaba sus funciones. Inmediatamente partió Moisés hacia abajo, siguiendo la misma dirección del arroyo, y perdiéndose entre sus revueltas. Ventura encaminóse en dirección á su padre; y así terminó aquella entrevista, que hubiera alarmado mucho á doña Enriqueta de la Granda y á *Rebusco*, si la presenciaran, como la presencié en acecho el envidioso gañan del malacate.

## VI

Yendo y viniendo días repitiéronse algunas de las escenas, ya pintadas con pobreza de color y desdibujo. Por ejemplo: Ventura guió muchas más veces la cuadriga, delante de Moisés; Moisés descendió de nuevo al arroyo, con ganas de ver si el móvil que arrastraba á Ventura á aquel oculto confesonario de rocas, era el amor; Carmen habló tiernamente muchos otros días con Adolfo, ó con la *estátua*, como el vate le llamaba para explicar, con pocas

letras, la atonía del joven abogado; y doña Enriqueta sufrió nuevos sofocones con las extravagancias inexplicables de su hijo, y hasta llegó á temer, dos ó tres veces, que pusiera en práctica, aquel pícaro enfermo, la promesa espantable de concluir con su propia vida. Las faenas agrícolas fuéronse verificando con la misma regularidad de antaño; y á la siega y trilla y encierro del trigo en el granero, sucedió la vendimia, no menos alegre y típica que los anteriores trabajos. Como todas las cosas corrían á su fin, también buscábanlo los sucesos pendientes; y el enamoramiento de Ventura amenazaba con una solución nada conveniente para el honor de la doncella, y el extraño desequilibrio de Moisés sosteníase en la misma proporción, lo cual demostraba que la causa eficiente de aquellos síntomas subsistía ó en el ánimo ó en el organismo del paciente, toda vez que la exaltación alarmante parecía proceder, á veces, de una supuesta lesión del cerebro, y, otras, de una inmensa depresión del espíritu. Es decir: que á aquellas horas, y no obstante el dictamen de don Eloy, dudábase si la enfermedad de Moisés obedecía á

accidentes morales ó físicos. Agravóse un día el estado delicadísimo del poeta, y coincidió esta patente agravación, con un suceso que hubiera producido júbilo extraordinario á aquella familia, de no exasperarse tanto, en tal ocasión, la atróz neurosis (como el doctor la llamaba) de nuestro desgraciado y original personaje. Sucedió, que en un apacible día de Agosto, refrescado por la brisa levantina, llegaron á la posesión rústica de doña Enriqueta, los padres de Adolfo Hernández, acompañados de tan flemático como distinguido joven. Esta visita habíase anunciado de antemano, y era esperada por Carmen, con afán explicable; por Moisés, con no oculta y salvaje contrariedad. Los señores de Hernández iban á cumplir el deber oficial de pedir la mano de la gentil señorita; y tal solicitud que,—según palabras de doña Enriqueta,—proporcionaba honra y satisfacción no pequeñas á la familia, parece que hubo de exasperar á Moisés más de lo natural y justo; lo cual evidenciaba la crisis deplorable porque atravesaba el magin de nuestro vate; ya que, no existiendo causas que determinaran la conve-

niencia de una oposición en contra del proyectado matrimonio de Adolfo y de Carmencita, lógico era presumir que el perturbado caletre de Moisés hacía, aquel punto, objeto constante de su monomanía. Y de tal manera se exaltó Moisés al conocer la proyectada visita de los señores de Hernández, que doña Enriqueta y Carmen creyeron llegado el momento fatal de reclutar gañanes forzudos para que redujesen al loco y le constituyeran en saludables prisión y atadura. Carmen dolíase, aquel día, de la desgracia que le deparaba el destino, permitiendo que Moisés fincara los puntos de su semilocura en la oposición hacia el proyectado enlace. «¡Había de tocarme tal sinsabor,—pensaba—para que los anuncios de mi felicidad tuviesen una nube que los empañase!... ¿Y por qué mi hermano clamará contra la familia de Adolfo, toda corrección y bondad y nobleza?... Bien veo, sin embargo, que hay no poca lógica en estas manifestaciones del perturbado entendimiento de mi hermano; pues si no ha podido amar ¿qué digo amar? tolerar al pobre Adolfo; si le ha consagrado siempre sus desvíos y ha censurado su bondad y su

talento, juzgándolos como simple atonía de las facultades físicas y como embotamiento de la imaginación, claro es que había de exasperarle cuanto se refiriera á mi unión con ese hombre que no ha podido entrar en su afecto, no obstante los esfuerzos que Adolfo ha realizado para tomar puesto en el corazón de mi hermano, y á pesar de lo que con mis elogios y mis súplicas he trabajado para que Moisés le abriera entrada en su estimación. La suerte es inícuca conmigo;—decía Carmen, vertiendo preciosas lágrimas.—He carecido de los halagos de mi padre, y he sufrido un destierro largo é inexplicable en colegios extranjeros. Al volver al hogar encontré una madre solícita, en cierto modo, pero fría, indiferente: más bien parecía un ama de gobierno, tolerante, que una madre amorosa y tierna. Cuando lloraba, en la intimidad de mi secreto, la falta de un amor que endulzara mi vida, conocí á Adolfo, á Adolfo cuyo cariño es para mí una idolatría. ¿Qué importa que aparezca adusto, que no preñe su lenguaje de palabras arrebatadoras, que permanezca indiferente, al parecer, y, al parecer, insensible?... Yo descubro en

una sola mirada de sus ojos, llamas inmensas de amor; yo encuentro en una sola de sus palabras ténues, un vocabulario entero de ternezas y de conceptos enloquecedores: no; Adolfo no es indiferente, no es de hielo; Adolfo me ama con verdadera pasión, pero constriñe las manifestaciones de su amor dentro de su temperamento reflexivo, y tanto vale en su boca un simple «te quiero», como vale en un sér nervioso y exaltado un cúmulo inenarrable de expresiones arrebatadoras, formuladas con acento viril y acompañadas de un aliento que quema y que fascina.»

Juraba y perjuraba Moisés, con voz destemplada y con ademanes descompuestos, que el anunciado matrimonio de su hermana era de todo punto inconveniente; primero, porque una Rey de la Granda debía aspirar á otro candidato de más fuste; y, además, por que *la estatua* no había mostrado grande afecto á Carmencita, ni ésta había probado que le fuese entrañablemente amado su futuro, según deducía él de las observaciones que venía practicando; todo lo cual hacía comprender, que su madre tenía más prisa que los

novios en la realización de aquella funesta coyunda. Ya se comprenderá, por quien me lea, á qué punto llegaba la indignación de doña Enriqueta ante tamaña afirmación. La madre de Moisés ponía, como suele decirse, el grito en el cielo, y abominaba de su hijo y decía, entre irritada y suspirante, que Moisés no se proponía otro objeto que *quitarle la vida*. Y no bastaba, para calmar aquellas ideas de Moisés, la declaración lisa y terminante que Carmen hacía, con respecto á la existencia, en ella, de un amor verdadero y profundo hacia Adolfo: Moisés repetía que Carmen representaba el papel de víctima prudente, y que, si manifestaba tales seguridades de amor, hacíalo por calmarle á él y por dar armas defensivas á su madre. «Esto no puede ser, esto no será;»—gritaba Moisés fuera de sí, levantándose de su asiento, arrojando al suelo la silla, con grande estrépito, y saliendo de la habitación como alma que arrebatara el diablo.

Pero..... el sinsabor porque atravesó la familia de Moisés, y de que participó la de Hernández, el día en que ésta llegó á solicitar la mano de Carmencita, hemos de referirlo, como prometimos,

pidiendo antes perdón por la tardanza en puntualizar tan significativo extremo.

Dicho se ha, que todas estas exaltaciones de Moisés ocurrieron, precisamente, el día anterior al de la llegada de los señores de Hernández, por haber sido el en que se anunció su visita. Bueno será decir, también, que ni durante la noche de aquel día, ni en las primeras horas del siguiente, calmóse el infortunado protagonista de esta historia, quien dió señales continuas de mayor dislocación que otras veces: pero estas muestras de la descomposición de su caltre, fueron más evidentes al amanecer del día en que debían llegar los señores de Hernández; poniendo tal agravación en alarma á la madre y á la hermana del paciente. Éste dejó muy de mañana el lecho, y lanzóse á aquellos campos de Dios, por senderos extraviados, gesticulando y hablando á voces—según aseguraban los gañanes que le vieron—y dándose á correr vertiginosamente, luego que topó en pleno arroyo con la enamorada Ventura, quien no pudo disimular el efecto de tristeza que le producía aquella inexplicable huída del hombre por quien

suspiraba. *Rebusco* y *Chinche*, hábilmente destacados de la era, y concedores de los atajos de aquella heredad, trataron de cortar la retirada al fugitivo, y, no muy temprano, le hallaron á larga distancia, aunque sentado y meditabundo, no furioso ni descompuesto como temían. Extremaron aquellos dos paletos la gramática parda, con el señorito, hasta hacerle creer que no le buscaban, sino que le habían encontrado por pura casualidad; y como á nada contestase categóricamente Moisés, pues limitábase á formular monosílabos y á mirar receloso á sus interlocutores, éstos comenzaron á alarmarse, temiendo que á aquel período de aplanamiento sucediera el de la explosión nerviosa. Pero, con gran sorpresa de *Rebusco* y de *Chinche*, aconteció que Moisés, levantándose de la peña que le servía de asiento, y tambaleándose como un beodo, hizo por andar corto trecho. A pocos pasos se detuvo Moisés, oprimióse la frente con una mano, cayósele el sombrero de la otra, y, girando la vista con extravismo, se desplomó. Acudieron el colono y el zagal que presenciaban el suceso, y ampararon al enfermo en su caída,

sujetándole con marcada solícitud. Un sudor frío invadía la frente de Moisés, empapando sus artísticos cabellos. Aquel desvanecimiento hizo torcer el gesto de *Rebusco*, cuya ignorancia le llevaba á ser pesimista en aquellos instantes, puesto que no podía juzgar sino por el aspecto de muerte que la faz de Moisés había adquirido en un momento. Pero no era aquel, solamente, un fenómeno nervioso; era una consecuencia de dos noches de insomnio y de cavilaciones, y de una falta absoluta de alimentación durante dos días de lucha moral.

Aprovecharon la ocasión los fieles servidores de doña Enriqueta; y, resuelta que hubieron la traslación del señorito á su casa, cargó con él á cuesta el atlético *Chinche*, cuya respiración, al ascender por las pendientes abruptas, de cuyo fondo subían todos, semejaba el jadeante sonido del fuelle de una frágua.

Cuando doña Enriqueta y Carmen, que exploraban con la vista todas las veredas, observaron el grupo que formaban los dos campesinos, uno de los cuales conducía á Moisés así como muerto, el sobresalto de entrambas

adquirió las proporciones del espanto, y, por primera vez en su vida, dejó de experimentar coraje aquella madre de enérgico temperamento, para sentir invadido el corazón maternal por honda amargura. Precipitadamente fué depositado Moisés en el lecho, y asistido con los más solícitos cuidados, logrando aquellas hábiles enfermeras la reanimación del paciente con remedios caseros muy propios del caso, entre los cuales no dejó de figurar el consabido ponche de huevo y *cognac*, amén de los halagos de palabra y de obra. Estas caricias eran las que parecían contrariar á Moisés; pues cada vez que su tiernísima y afligida hermana posaba los labios en las sudorosas mejillas del enfermo, éste se estremecía ligeramente y apartaba el rostro, hacia el lado opuesto, con visible disgusto.

Cuando Moisés perdió aquella laci-tud y aquel aplanamiento que pusieron tan en cuidado á todas las personas de la casa, recobró doña Enriqueta sus energías, por un momento abatidas, y bajó al comedor, dejando á Carmen al cuidado de Moisés. Sin perder momento; revelando en su rostro y en sus ademanes una impaciencia de no buen

augurio para la doméstica, que había acudido al imperioso requerimiento de la señora, mandó llamar ésta á *Rebusco* para que, sin tardar ni un instante, compareciera ante su presencia, que, en aquellos momentos, tenía la austeridad severa del juez. No anduvo muy reacio *Rebusco* en presentarse ante la señorita, ni menos dejó de comprender el asunto de aquella conferencia; por lo que fué preparando su lengua para el combate, y, en un santiamén, almacenó en el pensamiento muchas razones con que poder contestar y duplicar á la demanda que aguardaba. Pero *Rebusco* sintió que le flaqueaban un tanto las fuerzas que llevaba dispuestas, cuando observó la cara de doña Enriqueta; pues esta buena señora tenía los ojos brillantes, como los de la pantera cuando acecha á la presa; y aparecía con los labios fruncidos en una leve sonrisa, que más parecía amenaza; y mostraba la tez roja como era en ella acostumbrado cuando tenía el volcán de la ira á punto de borbotar la lava de la indignación por el crater de su ineducado genio.

Todo cortés y asustadico se detuvo *Rebusco* en la puerta del comedor; pero

como doña Enriqueta le dijese, en tono imperativo, que se aproximara, murmuró el vejete, quitándose el sombrero y adelantando un paso:

—Con licencia.

Sucedió una pausa. El tigre examinaba á su víctima, estudiando la forma de la acometida. El colono se atrevió á dirigir los ojos á doña Enriqueta, poniendo en ellos toda la dulzura y la elocuencia posibles, para solicitar misericordia, como si realmente hubiera cometido algún delito de que debiera confesarse autor. Pero la tregua fué cortísima, fué tan breve, que no dió tiempo á que *Rebusco* repusiera su ánimo. Doña Enriqueta de la Granda, que acostumbraba á echarle toda el agua al molino, como se dice vulgarmente, cuando tenía que apostrofar á alguna persona, era aún más inconveniente y mordáz cuando había de dirigir cargos á sus inferiores. Compréndase hasta qué punto extremaría sus acusaciones contra el padre de Ventura, cuando entendía, torcidamente, que la agravación de Moisés debíase á la influencia que sobre éste venía ejerciendo malévola é interesadamente la campesina, cuyos manejos

(que ella consideraba bastardos) creíalos tolerados y alentados por flaqueza del ánimo de *Rebusco*. «Aquí han estado pasando cosas de tal calibre—exclamó severamente doña Enriqueta—que harían hablar, no á mí, sino á las piedras. Y de todo ello es usted el culpable principal, por lenidad de carácter. Sí, señor; usted es un *Juan Lanas*, que no sabe atar corto á esa joven coquetuela y pretenciosa, á esa niña que ha intentado subirse hasta nuestra altura tratando de embaucar á mi hijo, *al señorito*; pero si *el señorito* ha podido, por falta de experiencia, caer en el lazo, aquí estoy yo, su madre, para roerlo y para volver las cosas á su lugar. Mi hijo padecía una enfermedad extraña, pero jamás sufrió una crisis tan violenta como la de ayer y hoy. Desde que conoció á Ventura y ésta le miró, y habló con él más de lo conveniente; desde que se encontraron ambos, más de una vez y como al acaso, por vericuetos solitarios, está Moisés, digo, *el señorito Moisés*, trastornado hasta el extremo de inspirar serio cuidado. Y no se me oculta que su hija de usted maneja perfectamente la aguja de marear; y ya sé que en Cutar no la

podía sufrir el buen párroco, su tío; y no ignoro que allí volvió Ventura el juicio al hijo del alcalde y del juez municipal; y no desconozco también que estos jóvenes vinieron á las manos por ella, lo cual hizo temer á los vecinos de la villa una de *populo barba-ro*; y que, en consecuencia de todo esto, le puso á usted cuatro letritas su hermano, recomendándole que fuese personalmente por la niña. Usted, que lo sabe todo mejor que yo, no ha debido permitir que Ventura salga ni entre con tanta libertad, ni que extreme con mi hijo sus artes para perturbarle; pero como el dinero y la posición ajenos son tan golosos, ya me sé yo del *pe* al *pa* lo que usted se ha propuesto al hacer la vista gorda. ¡Nada; es inútil que trate usted de disculparse con habilidades baturras, que á mí no me han de hacer efecto; ni que se le pongan á usted coloradas las orejas, más bien que de vergüenza, de rabia; aquí no hay más que dos caminos: ó quitar del cortijo á *ese angelito* que ha querido volvernos locos á todos, ó dejar usted el puesto y largarse de mi casa. Eso, eso, eso..., y nada más que eso. »

*Rebusco* le dió al sombrero dos ó tres vueltas, mirando el ribete de las alas; luego se refrescó los labios con la lengua; después suspiró, y, al cabo, dijo:

—Güeno está, señorita; por lo visto, la culpa es de mi zagala, y toa el agua que viene del arroyo, sale del mismo nacimiento: ¡cómo ha de ser! Usté es el cuchillo y yo la carne; usté es la *jó* y yo la espiga; corte usté por donde le parezca y *tirosté* lo que sobre, que asina es como se hacen las injusticias.

—¿Qué habla usted de injusticias, alma de cántaro?...

—No hay que *altercarse*, señorita; que mi aquel es respetar á los amos y yo no echo por esta boca más resoplíos que los de la verdad..., como he de dar cuenta en el otro mundo. Que mi hija es una *miajica* alegre, es verdá; que en Cutar se mataban por sus peazos, es verdá; que yo la recojí por voluntá de mi hermano el cura, no hay que negallo; pero que ha puesto al señorito asina como lo vemos, es como decir *propiamente* que ahora es de noche. ¡Y ya vé usté la luz que *mos* alumbra, señora de mi alma!...

—¿Cómo?... ¿Qué?...—preguntó con ira reconcentrada doña Enriqueta, po-

niéndosele aún más encarnado el rostro, y añadiendo á seguida:—¿Pretende usted decir que mi hijo es el que ha seducido á Ventura?... Mentira y más que mentira: Ventura es la que ha tratado de enloquecer á mi pobre hijo. Y, en esto, conste que no admito ni réplicas ni disculpas; los hechos son indudables. Con que ya lo sabe usted: ó «á la calle», ó á poner remedio en esta situación. ¿Cómo?... Llevándose de aquí á esa peste de niña, para que practique en otro sitio sus coqueterías y sus locuras.

¡Cuántas cosas se le ocurrían á *Rebusco*! Pero experimentaba el contradictorio impulso de desear soltar la lengua, y, al propio tiempo, de echarse un candado en los labios, á fin de no exasperar más á aquella impertinente señora, que pudiera causarle daño y extravío si se enjotara en despedirle de la finca. Sospechó doña Enriqueta la batalla que libraba *in pectore* el tío *Rebusco*, por lo cual, levantándose provocativa de su asiento y fijando la mirada, en son de reto, en el aturdido colono y capatáz, lanzóle á boca de jarro esta pregunta, formulada en tono nada tranquilizador:

—¿Qué?... ¿Tiene usted algo que alegar?... Venga.

En el ánimo, un tantico tempestuoso, de *Rebusco*, venció por esta vez la prudencia; y echando mano, el taimado viejo, á su cogote, que rascó distraidamente, contestó:

—Señorita...: más vale dejallo.

Iba doña Enriqueta á replicar contundentemente á aquella reticencia, cuando se presentaron en la puerta del comedor los señores de Hernández, con Adolfito á la cabeza; y en aquel punto, haciendo una habil transición que hubiera podido acreditar á doña Enriqueta como notable histriónisa, pasó la madre de Moisés de la rabia á la cortesía; adelantándose hacia los recién llegados, á quienes recibió con manifestaciones de la más exquisita urbanidad.

*Rebusco* aprovechó la coyuntura y salió del comedor como entrara; diciendo la consabida frase: «con licencia.» Doña Agustina y don Pedro, — que así se llamaban los padres de Adolfo Hernández, — saludaron á doña Enriqueta con muestras de efusiva consideración, poniendo ambos cónyuges la cara muy triste con motivo

del accidente sufrido por Moisés, cuya escapatoria y desmayo les refiriera uno de los mozos del cortijo. Era doña Angustias una señora excesivamente delgada, y detallábansele en las manos y en el cuello todas las arterias, así como en la cara los pómulos. Padecía, la buena señora, una miopía de marca mayor, y cuando miraba á las personas ó á las cosas parecía sonreír, pues al contraer los párpados tiraba del labio superior y daba al rostro una rara expresión festiva. Además, era dulce como un caramelo; resultando empalagosa, á veces, y siempre molesta por su prodigalidad en el elogio. Don Pedro (ó *el rey de armas*, como le llamaban en la capital) había cumplido ya los cincuenta y seis años y era bajito y grueso; tenía los ojos chiquitines, pero sumamente vivos y escrutadores. Carecía de dientes, por lo que presentaba notablemente hundida la boca, y en su delgado labio superior mostraba un bigote raquítrico, cuyas puntas, vueltas y penetrantes, servían de juguete constante á la lengua. Este señor era exageradísimo en sus reverencias y obstinado en las muestras de su cortesía. Gustaba, además, de pronunciar rui-

dosamente las eses finales de aquellas voces que las tenían; y salpicaba la conversación de galicismos, alegando, —cuando necesitaba justificar esta antipatriótica manía,—que el castellano no tenía elementos para expresar gráficamente lo que, con ciertas palabras y modismos franceses, podía darse á entender. Cuando saludaba don Pedro Hernández á alguna persona, inclinábase tanto, que había facilidad de explorarle la mondada coronilla; y cuando hablaba *tête à tête*, como él decía, era preciso apartar el rostro, so pena de recibir el rocío que acompañaba á sus sonoras y características eses finales. Esto sabido, comprenderán los que tienen la paciencia de leer estas páginas, cuántas palabras y cuánta saliva invertiría don Pedro para manifestar á doña Enriqueta el sentimiento que embargaba, tanto á él como á su esposa y á Adolfo (pues el señor Hernández hablaba á nombre de esta trinidad) con motivo del *deplorable suceso* acaecido al *apreciable* Moisés.

Y yo, que no quisiera pecar de prolijo, me veo ahora mismo en un apuro, y asáltame una duda que trato de desvanecer *in continenti*. Al presentar á

don Pedro, hube de manifestar (porque la verdad de los hechos me imponía tal deber) que en la capital, donde era Hernández muy conocido y apreciado, llamábasele *el rey de armas*; y como no dije por qué tenía tal apodo el ceremonioso señor, figúrome que la curiosidad de los que me leen se habrá despabilado un tanto, deseando conocer el motivo de aquel distinguido y novísimo sobrenombre. Y el apuro y la duda porque yo paso consisten en lo siguiente: como tengo, todavía, muchas cosas que contar, voy á ocupar demasiado espacio y á molestar más de lo prudente á mis buenísimos lectores; ahora bien: si en gracia á la brevedad silenciara ese por qué, creo que faltaría al deber de todo novelador; entiendo, por tanto, que lo mejor es puntualizar las cosas, dejando á cada cual el derecho de leer ó no estas explicaciones.

¿Que por qué llamaban á don Pedro *el rey de armas*?... Porque el buen señor no se ocupó durante su vida en otro trabajo que en descubrir la genealogía de cuantos apellidos le caían por banda. Tenía metidos en el cacumen, el original don Pedro, á Argote de Molina, á Piferrer, á Berní, y á todos los

demás autores que dedicaran su actividad á la historia de los apellidos hispanos. Vivía don Pedro por y para la heráldica; y de buena gana se hubiese él llamado Pero, y no Pedro. Aseguraba que su apellido no era Hernández, á secas, sino compuesto con este otro: Leyva; y repetía que *era suyo* el marquesado de Atela, y que descendía de un rico-home, adelantado, merino y prestamero mayor de Vizcaya y camarero del rey don Alfonso XI. Tan al tanto estaba de cuanto se refería á los apellidos nobles, y á sus armas y escudos respectivos, que evacuaba sobre la materia cualquier consulta que se le hiciese en el casino ó en el paseo, sin necesidad de previas consulta é investigación; dándose el caso de que algunas personas de buen humor le requiriesen, á cada instante, para preguntarle sobre genealogías ilusorias, con el fin de poner en aprieto al *rey de armas*.

## VII.

Cuando Moisés entró en calma, ó sea cuando volviera á la casi normalidad de sus funciones intelectuales y físicas, perturbadas grandemente en aquel día fatal, acudió Carmen á la planta baja de su casa, dejando entregado á Moisés á un sueño reparador que llevó la tranquilidad al ánimo de la cariñosa hermana. Ya sabía Carmen que su novio y sus futuros suegros habían llegado al cortijo; pero como no era oportuno dejar desamparado á Moisés, pues lo natural y lo decoroso era que su madre, y no ella, atendiese á las visitas, á todo lo cual se juntaba la conveniencia de no asistir la novia á la sesión en que se concertaba su matrimonio, mantúvose quieta al lado del enfermo, hasta que éste no ofreció tanto cuidado como en un principio.

Cuando penetró Carmen en el sencillo recibimiento, pues desde el come-

dor se trasladaron á él los visitantes, ya había pronunciado don Pedro su discurso de petición de mano. Aquella oración fué digna del objeto á que se contraía, y, además, muy apropiada á las circunstancias; ya que el señor Hernández comenzó lamentando el disgusto que había originado á todos, en aquel día, la agravación de Moisés, y continuó encomiando las ventajas de unir en estrecho lazo á los hijos de sangre y apellidos nobles. Con este motivo discreteó mucho el *rey de armas* acerca de los timbres de Hernández de Leyva y de los Granda; haciendo también el panegírico del apellido Rey, que era el primero que ostentaba la novia. Después que hiciera esta excursión por el campo de sus especiales conocimientos, explanó el objeto principal de su visita (él le llamaba, siguiendo su predilección por los galicismos, *le sujet*). Declaró, entonces, que su *casa* tendría á grande honor emparentar con la de doña Enriqueta, y que su hijo había tenido el feliz acuerdo de escojer para compañera de su vida á la señorita Carmen del Rey de la Granda, cuya mano pedía, por sí y en representación de su esposa,

quien refrendaría verbalmente la solitud.

Las reverencias hechas por don *Pero*, las palabras francesas que entrometió, y el cerrar de ojos y el sonar de eses, que llevó á cabo, cosas son dignas de capítulo aparte; pero como no queremos malgastar ni tiempo ni páginas, pasamos por alto tan curiosos y característicos detalles, dejando á cada cual en libertad de conjeturar á su antojo sobre tales cómicos extremos.

Luego que saludó Carmen, con muestras de una cortesía extremada, á sus futuros y nunca bien ponderados suegros, sentóse en sitio inmediato á Adolfo, nunca mejor que entonces llamado la *estátua*, puesto que por la solemnidad de la embajada, ó por la contrariedad que le había producido la tardanza en ver á su novia, mostrábase más circunspecto y reflexivo que jamás, con lo cual aumentaba su típica rijidéz. Doña Enriqueta preguntó á su hija por el estado de Moisés; y en aquel momento dióse don *Pero* un sonoro manotazo en la frente, como si fuera á matar á un mosquito que le estuviese chupando la sangre; cerró los ojos, y exclamó con evidente exageración:

—¡Jesús!.... ¡Qué falta garrafal la nuestra no preguntando por Moisés á Carmencita!.... Es que la mía es *tête de binot* (como dicen los franceses); y me distraigo á menudo..... Ustedes nos perdonarán, es decir, me perdonarán.... ¿Y..... cómo, cómo sigue el hermanito?...

—Ha pasado una mañana cruel,—respondió Carmen—pero se ha sosegado mucho.

—¡Pobre joven!—exclamó don Pedro, poniendo la cara de duelo y entornando los ojos, cuyos párpados superiores estiraba mucho. Y como si aquella exclamación hubiese sido una consigna, repitió doña Angustias la frase, suspirando previamente y poniendo, como siempre, el rostro placentero, al parecer, lo cual dependía de la típica manera de mover los ojos y la boca.

—¡Pobre joven!—dijo nuevamente don Pedro.—Desde la publicación de esa poesía, que....., en fin, que demuestra ya la lesión mental que padece, he dicho yo que estarán ustedes pasando días de amargura, días de..... días.....

Y se atascó en «días,» cuya ese semejaba, al pronunciarla don Pedro, el resoplido de unos labios indoctos sobre los agujeros de un flautín de caña.



El recuerdo del «canto de un escéptico,» puso roja á doña Enriqueta, quien, entonces, vió comprobado el temor que hubo de contraer cuando se publicara aquel *esperpento literario*, como ella lo llamaba. Demasiado supuso la polvareda que había de mover la fatal composición, donde Moisés ponía de oro y azul á cosas muy sagradas, y donde se faltaba á toda clase de conveniencias. Pero el único efecto visible, de toda la revolución interior que experimentó doña Enriqueta, ante las palabras de don *Pero*, fué el exagerado rubor que le cubrió el rostro; pues la madre del poeta hizo un supremo esfuerzo sobre sí misma y cambió la conversación de repente, diciendo á su hija, con acento que parecía reposado:

—Como esperábamos, hija mía, han venido estos señores á honrarnos pidiendo tu mano para Adolfo. Yo les he dado expresivas gracias, y les he manifestado también el agrado con que aguardábamos este *paso* y el augurio de felicidad que constituye para nuestra familia. En Adolfo hemos visto siempre—añadió dirigiéndose á los señores de Hernández,—á un buen amigo, á

un joven caballeroso y sumamente discreto. Su carácter bondadoso si los hay, su consideración para tratarnos, su.....

Y aquí se atascó también doña Enriqueta; pero don *Pero* le sacó del apuro, diciendo enseguida:

—*A tout seigneur, tout honneur.*

Después de esto se generalizó la conversación y hablaron todos del fuerte calor que se sentía, de las hermosas perspectivas de aquella feráz hacienda, de lo aburrido que se pasaba el verano en la capital, donde solo contaban con un teatrúcho de verano ocupado por una malísima *troupe* (como decía don Pedro) que representaba *vaudevilles* (también lo decía el señor Hernández) capaces de ruborizar al menos honesto y decente. Pidió permiso, en esto, doña Enriqueta, para ir á ver á Moisés; y, en tanto, sirvieron dos criadas un agradable refresco á doña Angustias y á su esposo. Adolfito no quiso probar ni la horchata ni los bizcochos: parecía que en aquella ocasión se había agravado también su displi-cencia, que semejava un perfecto estoicismo, por cuanto patentizaba un constante desprecio de todas las cosas

(sobre todo, de las de comer y beber). Carmen, en cambio, tranquilizada en lo referente á su hermano; satisfecha en lo que respectaba á haber sido pedida por esposa de Adolfo, mostraba los ojos chispeantes, las mejillas encarnadas, como dos rosas. Su semblante no tenía sombras, y sus labios estaban frescos y rojos, como las amapolas que salpicaban las mieses. Verdad es que la tez de Carmen parecía más morena entonces, por la influencia del constante sol y del aire libre; pero no es menos cierto, que aquella cara manifestábase incomparable en expresión y en gracia. El menos observador se hubiese dado cuenta, al fijar la mirada en Carmen y en Adolfo, del contraste de aquellos dos temperamentos. Mientras el abogado escuchaba á su novia, demostrando en la suave sonrisa y en la mirada apacible un afecto tranquilo, en los graciosos mohines de la carita de Carmen, en su chispear de ojos, en su conversación, que parecía inagotable cuando de hablar con Adolfo se trataba, patentizábase un amor del alma, grande, lleno de arrebatos. Verdad que siempre ocurría lo propio: Carmen hablaba hasta por los codos, sonriente

y donosa; Adolfo escuchaba, con apariencia grave, con aquel continente de *estátua* que á Moisés le ponía fuera de sí.

Mientras los novios se tomaban la libertad de dialogar en voz queda, los señores de Hernández engullían los bizcochos y despachaban la horchata; pero en aquel grupo era la dama la que callaba y el caballero el que no daba paz á la lengua.....

## VIII.

Nadie lo hubiera creído: aquellas cartas en que Moisés se despedía para siempre de su madre, de su hermana y de la autoridad judicial del distrito, decían claramente, sin dejar lugar á la duda, que el autor de epístolas tales se suicidaba porque no podía volar á otra esfera mayor. Nadie lo hubiera creído: Moisés mintió descaradamente al hacer esta afirmación; toda vez que, al ceder, por fin, doña Enriqueta; al decidir el viaje de su hijo; al pretender

satisfacer de un todo sus aspiraciones enviándole al gran centro, servíase declarar el poeta, con la frescura de todo desequilibrado, «que no quería partir.» «¿Pues no se reducían tus deseos á la realización de ese viaje?»—hubo de preguntarle su hermana.—A lo que él contestó, descaradamente: «no; esa afirmación fué una mentira de que me valí para encubrir el verdadero móvil de mi muerte.» «¡Pero esa causa....! ¿no puede saberse esa causa...?»—interrogóle Carmen. Entonces adoptó Moisés una actitud, que más parecía de loco que de cuerdo, y dijo solemnemente: «¡jamás..... jamás!»

Este cambio de ideas de Moisés—porque indudablemente, cuando redactó su *correo de la muerte* pensaba tal como en el papel lo había dejado escrito,—era una nueva prueba de los progresos que la enfermedad temible operaba en el cerebro del paciente. Querer primero lo que no se quiere después, es síntoma frecuente en los desequilibrios mentales, aunque sea mucho más frecuente en estos padecimientos la persistencia en una idea sola. Todo esto lo pensaban de consuno doña Enriqueta y su hija; y lo que

más les admiraba, entre las explicaciones que Moisés se dignaba facilitar acerca de su actitud pasada y de su actitud de entonces, era lo siguiente: pretendiendo Carmencita sacar toda la cantidad de verdad posible de los labios de Moisés, argumentábale capciosamente, no obstante lo cual se quedaba á obscuras, con respecto á la verdadera causa de la resolución fúnebre que adoptara el poeta. «Vamos á ver;—díjole un día Carmen, aparentando un candor que, ciertamente, no empleaba en aquel diálogo:—si dices que lo que estaba más lejos de tu deseo era el viaje á Madrid, ¿por qué te empeñabas en vencer la resistencia tenáz de nuestra madre?... «Es muy sencillo;—respondía con sonrisa mefistofélica el vate.—Yo insistía, porque estaba seguro de que mamá no había de ceder; si entonces hubiese cedido, hubiera dicho lo que ahora: no voy.» «Pretendes engañarme en vano;—le hubo de replicar Carmencita.—Yo creo que, cuando tratabas de quitarte la vida, lo hacías, en verdad, por despecho; lo hacías, efectivamente, porque mamá te prohibía la locura de partir á la corte. Lo que ha ocurrido después..., tú lo

sabes: Ventura..., el idilio, en fin; que ahora no quieres marcharte, por eso: por la hija del capatáz, por esa coquetilla.» Moisés sonrió con evidente amargura, y Carmen, variando de entonación, adoptando el tono suplicante, no sin juntar las manos, exclamó de repente, como para sorprender el espíritu de su hermano con aquella ternura: «¡Moisés de mi alma, hermano mío querido; ¿por qué no cedes tú hoy?... Si es cierto que antes no querías irte, ¿por qué no haces ahora un viaje cualquiera que te distraiga? Mamá preferiría cualquier punto á Madrid: Madrid le asusta, le enfurece; pero, no obstante, cede porque prevee el peligro que te amenaza si aquí continuas.» «¿El peligro?» «Sí, Moisés de mi vida: esa muchacha, esa paleta de los demonios. ¿Crees que no estamos ojo alerta con lo que haces? ¿Negarás que ayer tarde anduviste escondido con ella en el arroyo, en la rinconada próxima al malacate?... Esa gente quiere pillarte, y te pillará, hijo mío. Y, no lo niegues: tú estás enamorado, eso se conoce en los ojos, y los tuyos son parlanchines y no ocultan lo que tratas de negarme. Tú estás enamorado, Moisés mío; y es pre-

ciso que esta situación termine sin escándalo; sin necesidad de que el capatáz sea arrojado de aquí y rescindido su contrato, que tampoco puede deshacerse así como así. Es preciso que nos des gusto, que te guies por la voz de las personas que te aman. Allí, en Madrid, ó en cualquier parte, brillarás mucho, pasarás un invierno sumamente divertido; te distraerás y desocuparás la imaginación de las ideas que hoy te perturban. ¡Moisés, Moisés, por tí, por mí, por todos; Moisés, Moisés, entrégate, marcha; pero no prolongues, por Dios, tu ausencia, vuelve, vuelve, aunque sin preocupaciones, regenerado en lo que atañe á las ideas! ¿Me quieres tú, Moisés?...»

Iba á responder el interpelado; iba, seguramente, á decir mucho, según la ansiedad que demostró al tratar de tomar la palabra; pero algo pasó por su imaginación, algo por su voluntad, que ejercía el dominio absoluto de sí misma. Semejante al bridón impetuoso que, al anunciar su enérgico arranque, es refrenado por la diestra poderosa que empuña la rienda, atajó entonces la voluntad al ímpetu del deseo; y las palabras no salieron de los labios de

Moisés; mas como brotara de sus ojos un fulgor extraño, Carmen temió por la razón de su hermano, y trató de tranquilizarle en estos ó parecidos términos:

-- No, no cedas obligadamente, no me oigas, si mis palabras te hacen daño; no sufras; repórtate; piénsalo. Así te quiero, tranquilo, amable, cariñoso; dame tu brazo, ven, salgamos; iremos á la viña. ¡Qué hermoso es el aspecto de los pámpanos que verdeguean presutando su frescura al racimo!.... ¿Verdad?.... Anda, salgamos.

—¡Ay!—suspiró Moisés, dejándose arrastrar.



Empezó Moisés, últimamente, á familiarizarse con la idea de la partida. «¿No es mejor—decíase—huir *del tormento* que padecerlo? Me explico—pensaba—que el presidiario se acostumbre al grillete: yo tambien voy acostumbrándome *á mi tortura*, y, acaso, con el tiempo pueda sufrirla sin grave daño de mi alma». No dejó tampoco, Carmencita, de arreciar con sus súplicas y con sus razones cerca de Moisés, para

ver de decidirle. En esto—justo es decirlo—había por parte de Carmen alguna mira interesada; pues habiéndose señalado su boda para Diciembre, trataba de procurar que Moisés se hallara ausente cuando hubiera de verificarse este acontecimiento, que ella aguardaba con tanta ansiedad. Penetrada de la antipatía irreconciliable que sentía Moisés por Adolfo; conociendo, por boca de Moisés, la oposición que éste se permitía llevar á cabo en perjuicio del concertado enlace, no dejaba de halagar á Carmen—y á su novio, que sobre ello le había hablado,—la idea del viaje del poeta.

Y tanto vá el cántaro á la fuente....., que Moisés resolvió en principio su marcha, despues de estas razones que se le venían á las mientes: «es particular que yo no haya pensado, antes que en matarme, en huir de aquí, en marcharme á la corte, cuyos placeres y cuya vida pudieran obrar, para ciertos recuerdos míos, como el agua del Leteo, Abrigo el temor de que esta obsesión infernal me ha de seguir á todas partes; que no ha de salir de mi corazón el gusano vil que lo corroe ni de mi pobre imaginación la atróz balumba

de ideas pecadoras que lo ocupan, ni de mi temperamento la sensual flaqueza que le abrasa. Mas si en aquel ponderado mundo pudiera alcanzar el feliz remedio de esta enfermedad moral, que ya se va extendiendo á la envoltura física; si, por lo menos, pudiera amortiguar con la distancia lo que *con la proximidad* me es funesto, habría logrado una ventaja grande, en este camino de perdición que está recorriendo mi espíritu. Ni aun á sí mismo gustaba de aclarar Moisés los verdaderos términos *de su aberración*. Dijérase que sentía vergüenza cuando sondeaba su espíritu, y que huía de dar su verdadero nombre á las cosas, para no despertar el encono de la conciencia. Otras veces proponíase permanecer en la alquería, con ánimo de evitar todo viaje y de poner fin á su vida, cuando lo hubiere de menester. Entonces era cuando Carmen,—tanto por su iniciativa como por mandato de su madre,—realizaba verdaderos prodigios de inducción para que Moisés dejara el cortijo y se trasladase á otro punto. Eran tantas y tan molestas las genialidades de Moisés, tan frecuentes las pruebas de su desequilibrio, que doña

Enriqueta no soñaba con otro proyecto que con el de *quitarse de encima* á su hijo. Ya no le importaba que fuese Madrid el punto elegido; y es que el egoísmo prevalece también en el corazón de los pa' res, cuando sus hijos constituyen un inevitable estorbo á su tranquilidad.



Cierta mañana del mes de Septiembre, abandonaba por fin la alquería, el infeliz Moisés, decidido á tender las alas por el ambiente cortesano.

Como era Moisés tan original para todo, había encargado á su madre y á su hermana, que no le despidieran; esto es: que á la hora de su partida no se presentasen á él, en evitación de lágrimas y caricias. «Yo he de salir de aquí solo, sin que nadie me perturbe con ternezas ni me fastidie con palabras entrecortadas por la emoción. Y escribiré; y... allá veremos.»

Se hizo, pues, todo, como el poeta lo había combinado la tarde anterior: dos mozos llevaron su equipaje á la capital, depositándolo en la central del ferrocarril; y á la siguiente mañana,

montó á caballo el lunático poeta y se dirigió á la ciudad, en cuya entrada había de encomendar el cuadrúpedo á un gañán del cortijo, ya de antemano enviado al indicado lugar.

Cuando hubo atravesado como una cuarta parte del camino, colocáronse en la antepuerta de la casa de la alquería, bajo el frondoso emparrado que le prestaba dulce sombra, doña Enriqueta y Carmen. Ésta tenía los ojos preñados de lágrimas; aquélla aparecía levemente pálida. Ambas miraban al camino que serpeaba á lo lejos y que iba á morir en la famosa cuesta del Alamillo. Valióse Carmen de los gemelos de campaña, para ver á su querido hermano desaparecer por el puerto distante. Y cuando llegó á aquel punto el genial poeta, y perdióse por las revueltas del abrupto sendero, corrieron abundosas las lágrimas por las mejillas de Carmen, quien abrazóse á su madre, cambiando con ella los conceptos más tiernos y peregrinos.

Llegó Moisés á las primeras casas de la capital, en cuyo sitio se alzaba una anchurosa fuente pública. Allí aguardaba al señorito un mozo del lagar, que se hizo cargo del caballo, de cuyo lomo

habíase apeado Moisés diligentemente. El muchacho, en quien reconoció Moisés al encargado del malacate, quedóse mirando á su amo y le dijo:

—Perdone su mercé, pero yo tengo que decille una cosa de parte de una persona que me ha tomao por cosario del partío. Ventura.....

—¡Ah!—exclamó nuestro Moisés.— ¡Ventura!....

—Que tome su mercé este papelillo y que la Virgen le acompañe. ¿Manda algo el señorito? ...

—Nada;—contestó Moisés distraidamente.

Enseguida quitóse el zagal su sombrero, saludó al amo, y, llevando de la brida al bruto, desapareció. Moisés desdobló el papelito, y sonrió en presencia de su contenido. «¡Un escapulario!.... ¿Y qué hago yo con él?.... Bah; allá veremos.» Dijo, y se lo guardó en un bolsillo de la cazadora. Después se internó en la capital, andando tan de prisa que parecía lo que era: un hombre sin seso.

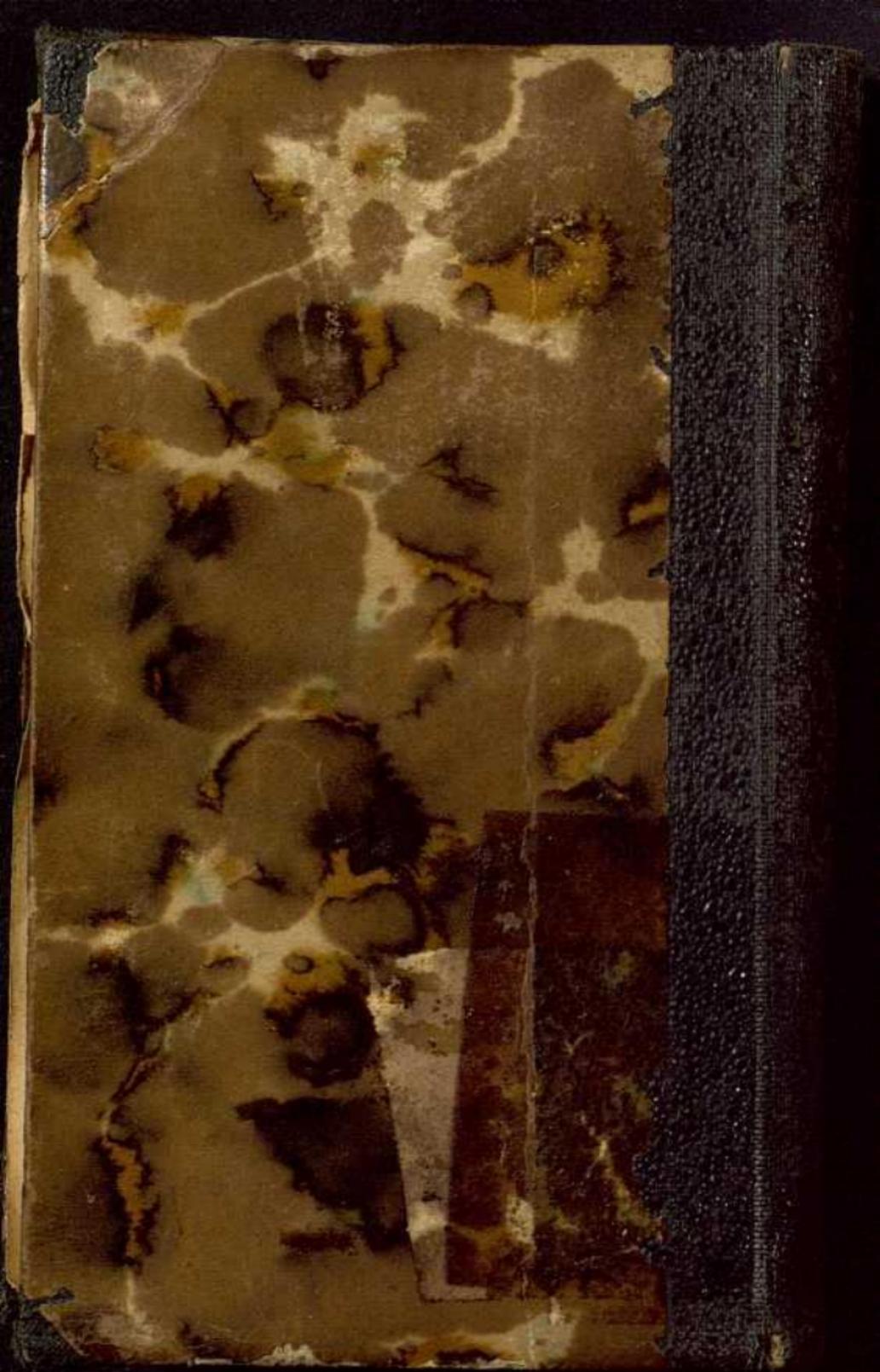
---











FAN  
XX  
589